Aurora Venturini

LOS RIELES

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Los rieles

Los rieles

Aurora Venturini

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Prólogo

PRIMERA PARTE
- Los rieles
- Ya en el límite
- Variaciones sobre monsieur Le Diable
- Un sitio tormentoso
- Tiempo después
- Aventurada aventura de Inés Orete
- Víctima de una victimaria

SEGUNDA PARTE
- Objetos de Museo y de Capilla
- De otros casos

TERCERA PARTE
- Mi amigo Poroto Botana
- Lo más doloroso
- Un ser llamado clínico
- Mario, el kinesiólogo
- El miedo, los miedos
- Los espacios, el espacio
- Yo era…

CUARTA PARTE
- Cuando despuntaba el vicio
- Las pruebas más siniestras

QUINTA PARTE
El murciélago
SEXTA PARTE
Alucinaciones
La bandeja de oro de Nápoles
Otra alucinación
Cuando el baldío se platinó
SÉPTIMA PARTE
La mala pécora
Leyendo *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*
Miedo al miedo
OCTAVA PARTE
Enamoramientos de Malte Laurids Brigge
NOVENA PARTE
La flecha de oro
Por eso
Hacia adentro
No volveré
No traces más rieles

Venturini, Aurora
Los rieles / Aurora Venturini. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-670-732-9
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

1a edición: octubre de 2022
© 2012, Liliana Viola, heredera de Aurora Venturini
c/o Agencia Literaria CBQ info@agencialiterariacbq.com

Imagen de cubierta: Sebastián Freire
Agradecemos al bar 878 por la locación para la fotografía de cubierta.

Todos los derechos reservados

© 2022, Tusquets Editores S.A.
Av. Independencia 1682 - C1100ABQ - C.A.B.A.
info@tusquets.com.ar

Primera edición en formato digital: octubre de 2022

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-732-9

Prólogo

Los rieles es el último libro que Aurora Venturini publicó en vida. - Tenía 90 años; seguía reponiéndose de la operación de cadera y los tres días de coma que ocupan el centro del relato. Por lo que sabemos, un accidente doméstico le produjo un "estallido de mi esqueleto" y la postró en una cama de hospital. Al infierno de "parrilla y latigazos" del coma se agregó después "un enloquecimiento gastrointestinal", fruto quizá de algún tóxico malintencionado que el texto no dejará de comentar. Internada durante meses, Venturini tendrá que volver a aprenderlo todo: a caminar, a comer, a hablar. Leemos estos hechos y sabemos que ya han pasado, pero los leemos como si estuvieran ahí, vivos, activos, conservados como en carne viva por una voz que arde con el mismo ardor, la misma violencia alucinatoria del horror que pretende dejar atrás. Primera lección de *Los rieles*: la memoria (según Venturini) no repatria, no "elabora" nada. No es una máquina de evocar ni de representar; es una técnica de *reenactment*, una especie de ritual de posesión: el trance grandilocuente y crispado en el que una víctima reencarna la serie de cataclismos a los que sobrevivió.

A los 90, Venturini no tiene paz. No es razonable, no es magnánima, no se ha reconciliado. A una edad en que lxs escritorxs tienden sus manos cristianas a lo peor de sus vidas, Venturini ladra como una perra rabiosa. De cristiana —ella, educada entre monjas — sólo le queda una fascinación, el culto de una mitología de carnes flageladas y llamas que lo consumen todo. Leyendo *Los rieles* sabemos dos cosas: que Venturini no quería irse a la tumba, y sobre todo que no quería irse a la tumba al estilo de sabios y justos, con las cuentas cerradas, los rencores aplacados, las heridas cicatrizadas. Después de todo, los 90 es una buena edad para seguir haciendo lo que Venturini hizo siempre: aullar y reir.

En *Los rieles*, como suele suceder en los libros de Venturini, la que dice "yo" es una víctima. Alguien a quien, como se dice, le pasa de todo. Se quiebra la cadera en mil pedazos, la internan, hay complicaciones, la operan, se pasa días viéndole la cara al demonio. Para colmo, su asistente —la ominosa, excrementicia Inés Orete— le roba el dinero ahorrado para un crucero y, para evitar que la descubran, intenta envenenarla en el hospital. Sobre mojado llovido. Bien leído, el curriculum de Orete no prometía un jardín de rosas: celadora de una institución educativa católica, despacha al otro mundo a cierto Monseñor que la codicia; mata también a su suegra, esta vez para quedarse con su casa. Según el retrato de familia de Venturini, Inés Orete es un "ánima perdida y putrefacta, junto a su cría loca de marido dislálico, y la yunta de hijo e hija; el chico, carente de profesión y desocupado, idiota, al igual que su progenitor, y la muchacha, puta". Poblado de fenómenos, el mundo de *Los rieles* es el mundo clásico de Venturini, excavado de las canteras del naturalismo de fines del siglo XIX y el miserabilismo del Boedo de Elías Castelnuovo: un *carroussel* inaudito de desgracias, abusos, brutalidad, calvario sin medida ni fin, pero tan convencido, tan idéntico a sí mismo, que es imposible no atribuirle alguna clase exquisita de voluntad. Porque hay alguien que la pasa bien en toda esta pesadilla. "Sufrí demasiado", dice la heroína. Y luego, como si el énfasis sólo pudiera morir en la tautología: soy "víctima de una victimaria". La niña despreciada que fue (sus padres la creen "harina de otro costal", su madre la ridiculiza ante la sociedad literaria de La Plata) es ahora una mujer traumatizada, saqueada, poseída, envenenada. Todo muy bien, pero alguien goza en este festival del martirio.

Sabemos por lo pronto cómo goza Venturini cuando escribe. - Como todos, el suyo es un goce de estilo: si su debilidad son los rosarios de desgracias, en especial narrarlos con una lengua que mezcla la estigmatización barrial y una jerga médicolegal vetusta —posiblemente la lengua oficial de la Dirección de Minoridad en los años 40, donde Venturini trabajó como psicóloga entre jóvenes abusadas, hermanas siamesas y *freaks* sirenomélicas—, es quizá

porque ese compendio calamitoso es el chiquero perfecto para que aparezca otra cosa, lo otro del espanto, esa especie de droga celestial que es la Poesía, en salvas de un lirismo fechado capaz de fagocitar cualquier catástrofe: “Padecía en mi interior deshecho por una pérdida insuperable, y tanto, que temí ser tentada por la atracción de las vías del tren de regreso y arrojarme ahí a fin de terminar de andar navegando mar de angustia profunda y sin lágrimas”. No hay mejor definición, para esos raptos de Poesía que “elevan” el relato, que la que da la misma autora, implacablemente: cursilería de bijouterie falluta.

Pero el goce de Venturini es sobre todo performativo. A Aurora le gusta hablar mientras escribe. Hablar en los dos sentidos de la palabra: escribir con la voz y dirigirse a alguien; es decir: “interpretar” e interpelar. Pensamos en la autora como una escritora, pero también podríamos pensarla como una “intérprete”, alguien que pone en escena su voz (y con su voz su vida), un poco en la huella de la tradición gloriosa, tan argentina, del recitado, la declamación poética, con su virtuosismo fanático, sus gestos altisonantes y su fe en la profundidad. Más que escribir, Venturini declama por escrito. En *Los rieles* —libro misceláneo que se deshace en historias, anécdotas, recuerdos, perfiles, flashes de época—, cada página de la memoria, la imaginación o el delirio es una pequeña pieza vocal, acontecimiento sonoro íntimo o vociferante, personal o histórico. Al revés que los *gentlemen* argentinos del siglo XIX, que recordaban como quien conversa, Venturini hace del recordar una pasión, a menudo de las más bajas, y ejecuta ese *pathos* en extraños monólogos escénicos. La poesía se vuelve eso que es cuando encarna en un cuerpo: un arte de pacotilla ampuloso, barroco, descarado, el único digno del espanto que corteja. Venturini *performer*, digamos, sería el eslabón perdido entre Berta Singerman y esas *standaperas* espontáneas, salvajes, que aprovechan la cola del banco para contarte en un par de horas apretadas toda una vida de tormentos y truculencias.

¿Y a quién le habla Venturini cuando escribe? Al lector, desde luego, a ese “amable y paciente lector” a cuya voluntad apela para

que no la haga “a un lado como han hecho personas de mi más próximo mundo circundante”. También a sus propios personajes, aun (o sobre todo) a los que están muertos; Poroto Botana, por ejemplo: “Por si acaso no podés leer lo escrito al principio del texto, te informo que estoy aprendiendo a caminar como lo hace una nena no muy dotada”. Pero también al médico que la salva, que le enseña a comer de nuevo durante su convalecencia, a quien en medio del texto, en un aparte extraordinario, como de entrega de premios, le agradece su intervención providencial. Habla —*groupie* hechizada— con los artistas que admira, de Ramsés II (a quien “visitaba con asiduidad”) a Rilke (a quien la une el tormento de lo enorme). A -Goya, en El Prado, le comenta “como si estuviera (estaba): «Si le relatara mis pesadillas pesarosas, seguro le servirían». No sé si me oyó”. Pero ¿importa que la oigan? Importaría si Venturini, a los 90, buscara hacer las paces, mirarlo todo desde la cima de la sabiduría. En ese plan —la vejez como desapego, las despedidas como caridad última—, la interlocución feliz, recíproca, tendría un sentido. Pero -Venturini, sobre todo a los 90, es de las que cuando escriben *te hablan* —escuches o no, te importe lo que diga o no. Lo mismo le pasa a ella con Rilke, con los Cuadernos de *Malte Laurids Brigge*, que le hablan como si la autobiografiaran, y a su escritura, quizá, con las *Elegías de Duino*, cuya definición de lo bello —“el comienzo de lo terrible, ése que todavía podemos soportar”— no podría ser más venturiniana. A los 90, mientras escribe *Los rieles*, Aurora Venturini lanza su aullido de guerra y de belleza: *¡No estoy muerta!*

ALAN PAULS

LOS RIELES

PRIMERA PARTE

Los rieles

Las situaciones dolorosas, difíciles, conllevan territorios insondables guardados subconscientemente, que al surgir en estado de vigilia todavía brumosa, desconciertan. Vienen a mi memoria los rieles soñados de un ferrocarril.

Tal vez aparecieron durante las horas que ocuparon mis intervenciones quirúrgicas. Trato de exhumarlos de mi interior confuso y uno a uno huyen cual peces lábiles de la red. Luego, insisto.

Entonces extasío cierta calma fría antes percibida, extraordinariamente experimentada en pose de sentada entre dos vías de dos trenes cuyas lamentaciones recorren territorio de pampa muy lisa, viniéndose hacia la orilla del río.

Estoy sentada, ya lo escribí. Ahora agrego que el húmedo paisaje fluvial inunda los rieles y moja hasta mi espalda. El hecho no molesta. Permanezco.

En eso se acerca el médico cuyo apellido es Viscuso, junto a una enfermera.

De tal patética manera, me enteré de la existencia del cirujano que me intervenía y vi a su ayudante.

En ningún momento sufrí.

Es lo que confunde, dado que ese profesional de la medicina dejó huella importante en el abdomen.

¿Cómo es posible tener conciencia exacta de unas personas y pasar inadvertida una operación gastrointestinal profunda? ¿Acaso podrán colarse en las tramas subconscientes los acontecimientos desde el mismo horario en que ocurren? Pero la sensación espantosa del bisturí no entra, borrada como por una piedad caritativa…

Yo estaba expuesta a la intemperie de un día invernal, cerca de la estación, y de pronto veía la cúpula del edificio que ficciona un

barco. Había personas que observaban y sus charlas eran otras hojas desprendidas de árboles amarillos en sus copas; caían alrededor, sumando pena a mi desconsuelo.

En vida consciente, anduve por las zonas agrestes que extasiaron mis sentidos; voces guardadas nombraban mencionándome. Puertas de madera muy pesada aparecieron y uno de los que habitaban la gran casa abrió y cerró de inmediato.

Las pálidas nubes bajas casi tocaban el desamparo de la criatura sentada en el agua que estancaban los fierros.

Creo, aunque no con seguridad, que algo dolió; un cortante paso que cortaba la epidermis y seguía curso agresivo hacia adentro.

Vagué entre humareda proveniente de fogatas encendidas por los lugareños para quemar vegetación seca y ramas podadas. En tales figuraciones fui perdiéndome hasta desaparecer de mí misma.

Ya en el límite

Ya en el límite de todas las edades relataré a fondo mi estada en aquel sitio tan excepcional cuan horrendo. Percibo que pronto dejaré el ser y seré en apariencia otra cosa, o nada. Prefiero para el caso lo último anotado…

De la caída incalificable, resultó la recuperación de alguien endeble y temeroso, irreconocible. Tal mi cambio y desvarío.

Antes fui valiente y brillante.

Hoy me asusta cualquier rumor del viento en los huecos de una pared, y la voz humana tonante enardece fogatas de pánico. La palabra de naturaleza incisiva me lastima e inocula sabor acibarado, devenido del hígado enfermo.

Padezco pasajera ceguera a causa de la agresividad que ataca desde los colores: rojo y carmín, por ejemplo. Los olores provenientes de las quemas de hojas secas, papeles, hilados y otras mentas también me desaforan. Me he desdoblado en sujeto cautivo de un sonambulismo errático en la más densa penumbra.

Los hados me abandonaron.

Crueles espejos devuelven ante mí otra persona. Amable y paciente lector, todo cuanto pasaré a contar es cierto. Apelo a tu buena voluntad. No me hagas a un lado como han hecho personas de mi más próximo mundo circundante. No te conviertas en uno de ellos. ¿Qué haría yo en tal caso espantoso? ¿Qué haría en un maldito desierto?

Desde los amargos sucedidos, amargo pasar recorre mi columna vertebral. Chirrían mis huesos que ya caen y no sostienen porque en cada una de las coyunturas a la vez chirría una prótesis.

Caí desde mi estatura, de un metro setenta, al piso de cerámica. Desde entonces, ahí habita el terror que invade cuerpo y ánima: el asesino.

No sumaré a mi escrito fantasía, creacionismo, poesía, aunque la crudeza de tal exposición te cause ansiedad y pavura.

No imaginas lo difícil que es volcar en la redacción de los asuntos la verdad desnuda; los aconteceres arreciarán pedrea en tu delicadeza.

Antes pensé en la fatalidad de la muerte (vocablo que evito) como en un universal diván acogedor de sueño eterno.

Luego de mi caducidad psicofísica, le temo. No temo a la muerte necesaria y maternal, sino a despertar en el más allá por mí ya comprobado. Todo lo viviente es mortal: humano, animal, vegetal. - Ignoro si habrá evolución en el reino mineral.

Sufría cuando invadí de repente el antro.

Vi rumor de huesos quebrados, huesos astillados cuando penetré de un solo bajón el ámbito desconocido.

Ojalá, lector atento, jamás te acerques siquiera a la superficie del averno.

Desde ahora te informo que su bocaza y horrenda entraña aguardan.

¡Infelices quienes lo merezcan!

Lo merecí, de ahí mi permanencia de tres días con sus noches.

Los avatares más tremendos y humillantes son preferibles a mi maldita estada en el lugar, que no es el que abrió la mano del hombre valiéndose del Alighieri sino el infierno de Catalina de - Siena.

Destina Dante su infiernillo bellamente espantoso a los políticos y señores de su siglo renacentista. Opino que tanto aquellos como sus seguidores a lo largo de los tiempos merecieron y merecen ser horneados por lo que dicen y hacen (ayer y siempre) con el único fin de amasar monstruosas fortunas. Basura. No valían la gloria de los tercetos. Vano… vanidad de vanidades: fantasías.

Abandonemos esta inmundicia que viajó en barcos, carrozas, en tránsitos dorados tirados por lebreles y corceles, en automóviles…

Ingenuo Dante Alighieri, aún exiliado en Ravena.

Caí desbarrancada al infierno de Catalina de Siena: al horroroso y temible espectáculo por ella relatado, ilustrado, patético.

Variaciones sobre monsieur Le Diable

Voy hacia atrás y distingo al que mandaba en el sitio, monsieur Le - Diable, y lo hacía con estilo capanga.

En el sitio bailaban tres féminas abrasadas y abrazadas que por contraste retrotraían a mi memoria “Las tres Gracias” de Boticcelli, - María Colonna, Fiorella Cattáneo y Lucrecia Borgia, danzando rigodones eróticos. Las tres Gracias saltaban resbalosos pantanos de rock y salsa con morisquetas y firuletes.

Yo transpiraba en la parrilla. Un ser raro me fustigó a latigazos, obligándome a exclamar golpeándome el pecho: “Por mi culpa… por mi culpa… por mi grandísima culpa”. Colosal ardía el caldeado entorno. Escondidas gargantas gangoseaban.

El dueño surgió fulgurante en rojo sanguíneo, facciones de chivo viejo, cabrón y algo humanoide; bisexuado, condición que avizoré a causa de desmesurada enormidad que emergía entre su pelambre hirsuta. Creí haber visto al Diablo antes; tal vez lo habré adivinado. Igual me aterroricé.

El Diablo es casi indescriptible por su enormidad resuelta en rezumantes porquerías olorosas de materia fecal y organismos en descomposición.

No es posible mirarlo durante largos minutos… Nadie podría… tan mortificante es su presencia. Este dueño de todos los juegos ofrece impudicias, gesticulando.

En su ancha espalda se adhiere una extraña bestia con la que copula a veces, gruñendo.

De esos actos resulta un lago semental.

Del lago surgen animales crueles, guerrean entre ellos y con los espíritus malignos circundantes que por ahí pululan.

Me vio y se acercó: “Estás muerta”, espetó.

Grité desesperada: “No estoy muerta”.

Insistió: “Estás muerta hace tres horas”.

Repliqué: “¡No!”.

Insistió: “Estás muerta hace dieciséis horas”.

Quise levantarme forzando mi espalda, y la piel quedó pegada a la parrilla, dejándome en carne viva. El fuego me vencía.

Reaccioné cuando el Diablo bramó: “Van a sepultar tu cuerpo terrenal”.

Lo desdije con violencia; insistió emitiendo expresiones de menosprecio.

No pude dominarme aunque aseguró que llevaba dieciséis horas de fallecida.

De tal forma horrenda sumábanse horas y días a mi martirio; porque lo que sobraba de mí significaban despojos de martirologio dignos de ser pintados en una estampita votiva, dedicada a los pecadores que, seguramente arrepentidos de sus atrocidades, temerosos de caer al foso, cambiarían sus malos pasos en buenos claros derroteros.

Musicadas macumbas ensordecían y yo dudaba que tanto el dueño como su diabólica comparsa oyeran la negación de mi muerte… Igual, gritaba estentóreamente.

Un sitio tormentoso

Tinte rojo rabioso irradiaba avasallante. Algo muy caliente me puso en la parrilla que ardía con sus barrotes de hierro llagando mi espalda, y dos hembras avivaban carbones con tizones rudos, muy afilados. Ellas despeinaban cabelleras ígneas. Delgadísimas, semejaban lagartijas de pesadilla y gritaban mi nombre cuando aseguraban triunfadoras: “Ya estás muerta”.

Así gritaban, despiadadas, malignas, feas. ¿Mal sueño entre los sueños? No lo era sino la exactitud de mi facie anímica libre del ser en tanto que ser. Tal entidad de mi naturaleza emanada se asaba en la hoguera que no prendió la voluntad humana.

La inexplicable vivencia acibaró cualquier dulzura de allí en adelante. Ignoro si alguien, además, sufrió tan extraña agonía.

Y las mujeres del duelo afirmaban con endiablada gritería: “-Hace horas que estás muerta”.

Sumando a la grave situación espantosa, afirmaban: “Hace horas que estás muerta”.

Yo, a cada minuto, rebatía: “No estoy muerta”.

Ellas: “Hace ocho horas que estás muerta”.

Yo: “No estoy muerta”.

Así aconteció durante tres días.

Ya lo dije, pero lo repito.

Por la puerta del sitio, con dificultad por trabársele la llave en la cerradura, entró el Padre Cura, cuyo nombre no expongo por razones obvias.

Su amplia sotana asoló unas llamaradas despavoridas. Por santos pasos venían.

Había arrimada a una pared roja una alta escalera que el Padre -Cura esgrimió cual espada, hasta el centro del escenario, y clavó, con energía, de un golpazo, comenzando a treparla.

Por el lado contrario de la verticalísima escalera trepó el Padre - Cura. Del otro, hizo igual el Diablo, y ambos se mantuvieron cara a cara en la cúspide.

Apenas percibí el diálogo en lenguaje hermético y latín antiguo. De pronto el clérigo rogó que lo auxiliáramos (dado este plural, aclaro que sufrían otros condenados).

Un coro angustiado recitó el Padrenuestro.

El maldito coludo cayó al piso.

El clérigo bajó sus escalones, sereno como un lago en principio de otoño.

Recorrió el pasaje, el mismo que recorriera al entrar. Antes, colocó la escalera contra la pared y salió al mundo.

Al rumor de cerradura, los monstruos avivaron la hoguera atizándola.

Arreció mi desgracia. Temí que no regresara el Padre Cura.

Cuando mi angustia dolorosa arreció, se repitió la escena anterior, paso a paso.

Esta vez ganó el ensotanado, y el coludo explotó con furor de trueno en la peor de las tormentas del fin del mundo.

Tiempo después

Luego de la desintegración del Diablo por el poder del exorcista, depredación momentánea, dado que aún sigue adolorando al mundo, me vi en plena plaza Moreno de La Plata, disertando no sé qué ante cincuenta personas.

Alguien me puso un abrigo sobre la espalda y sentí una débil agresión retrospectiva.

Tiempo después, volví a mi departamento y me senté en una silla, en el patiecito de entrada al comedor. Junto, cebaba mate Lilí, mi ayudanta.

Charlábamos pavadas y ligerezas…

Quien regrese de tales espesuras negras buscará estar en la superficialidad de una mateada con galletitas, huyendo de los reconcentrados argumentos del más allá, comprobado que, en general, los prójimos suponen fábula y cuento de asustaniños. No es así, desgraciadamente.

Basta. No nadaré en ríos profundos hundidos en agreste agresiva oquedad.

Lilí dice que las galletitas infantiles ya no muestran formas definidas de bestezuelas y que, cuando ella fue nena, significaban: vaquitas, caballitos, elefantes, tortuguitas y otros…; que ahora esas formalidades definidas se han cambiado y que no se distingue, por ejemplo, el elefante del caballito, y así con todas sucede. Igual, las come con gusto, chupando la bombilla enhiesta en la calabaza.

Desde mi interior zarandeado la acepto en la extensión de su enorme inocencia.

De estas simplezas será el reino de los cielos, sin garras ni desgarros.

El sol setembrino doraba con dulzura almibarada los maceteros de malvones, salvias y algún rosal que despuntaba brotes. Achiras y

alhucemas completaban, azules y moradas, la serenidad. Me acordé de un libro angelical, cuyo autor, Víctor Sueiro, escribió sobre los territorios muy exclusivos, increíbles, que transitara. Seguramente, los transitó.

Lilí de pronto dice: “Usted no está acá”… y tiembla.

Respondo que no diga tonterías y recapacito sobre la profundidad de lo superficial y la sabiduría de la ignorancia. Porque así es, yo no estaba. Hui de pronto al territorio horrendo.

Para llegar a este sitio barrial, alcanzar márgenes habituales, sufrí demasiado.

Pasó. Suele volver. ¡Ay!

Somos ingratos con el pan nuestro de cada día y con cada uno de los objetos que utilizamos en los interiores de la casa: la cama, la mesa, las sillas, el aparador…

La ingratitud es sello humano.

La incomprensión es otro sello.

El vecino del departamento de arriba levantó la persiana. - Ocurría que en mi patiecito setembrino, silencioso, esa tarde dialogaban.

Decíamos que las cosas y las modas habían cambiado como las formas de las galletitas.

Esas cosas y demás, los productos y los productores, han variado los ingenuos colores y sabores antiguos. Tanto el ser como sus circunstancias no transmiten posibilidades milagrosas sino que todo está al alcance de la mano del hombre. Lo maravilloso ha muerto.

El vecino bajó la persiana. Tal vez consideró nuestra conversación imbeciloide. Esto se me ocurre a mí.

Pero el señor había echado una ojeada al cielo azul donde vagaban nubes. O simplemente, cerró.

Nada cambió en el entorno. Yo he disminuido mi apariencia porque adelgacé a causa de los meses, semanas, días y horas calendario que tachaba en el almanaque, uno a uno, y al final todos a la vez, en aquellas jornadas húmedas en verano tórrido y tétricas en invierno frío; soles famélicos y lluvias tristísimas.

Tuve miedo.

Tuve pánico.

Desesperanzada me hundí en el desamparo de unos ensueños de invalidez en ciudades creadas, destempladas y secretas, limitadas por cerrados bulevares, cual callejas de Marsella anterior a la - Segunda Guerra. Cuánta orfandad y desequilibrio.

Gente extraña y resbalosa transitaba las vías de una avaricia nunca igualada.

Había llegado al sitio de las curaciones colgando de una manta sostenida por cuatro camilleros que no pudieron subirme a la camilla reglamentaria, a causa del desparramado desastre óseo en que me convertí, perdiendo la noción de ser, desconociendo contactos, sumergida en un lago de humo, y muda.

Operaron el deshecho varios médicos.

En la sala impresionante, el doctor Orlando Castro estaba atento y preocupado y se sorprendió cuando reaccioné, cuando regresé. - Acepten este último vocablo, amables lectores.

Yo sabía desde dónde volvía a este avaro mundo.

El ya mencionado doctor Orlando Castro, me contaron, expresó antes de mi raro regreso: “Se muere… no tiene defensas… va a escararse y se le infectarán las escaras”.

Otros especializados en ciencia médica dijeron: “Es un caso de intoxicación por exceso de drogas; acaso pase…”.

Una enfermera se atrevió: “Está envenenada porque echa espuma”.

Lilí vino después del drama. Entonces mi ayudanta era Inés - Orete.

Me observaba tensa, con su bizquera, cuando estábamos en mi departamento. Ella, durante el drama, permaneció en la clínica.

Aparentaba humillación y gran desapego a las personas y a los acontecimientos de cualquier índole. Inés Orete era indiferente, ausente, calladita.

Miraba con los dientes del paladar superior que no encajaba en el inferior.

Dentadura tipo pianito, postiza y muy barata, no mocha, que la ayudaba a morfar opíparamente: carne hasta el hueso, galletas,

queso y otras duras especies.

Además de las blandas, dulces, ácidas, amargas y otras, otras. - Tenía hambres muy antiguas que apaciguaba en mesa ajena.

Su marido, Tomás Orete, la ofendió obligándola a fornicar en el piso del dormitorio, sobre una hoja de diario. Trabajaba de camionero; dislálico y semianalfabeto.

Con tal carga de espanto, sería mi estado mortal aparentemente irrecuperable. Se fue durante dos días.

Yo iba mejorando penosamente en la cama ortopédica. El más sorprendido: el doctor Orlando Castro, que en broma me decía: “Sos marciana”.

Los otros médicos vinieron pocas veces y desaparecieron, dado que ya habían diagnosticado.

Aventurada aventura de Inés Orete

Esta antigua ágil aventurera protagonizó situaciones muy perversas.

Su familia desaforadamente caída y desmembrada la indujo a ingresar a una institución de carácter católico donde permanecían internas las estudiantes, es decir, día y noche, sin salida.

Para estar, debían pagar cuotas y poseer ropero propio. Las adolescentes y las maduras procedían de familia poderosa. No así - Inés Orete, como su nombre lo indica. Tuvo que trabajar ahí de celadora. La nombraron presidenta de mesa, en la que comía - Monseñor Pirs.

En cierta oportunidad, Inés Orete me contó, aunque no lo creí, que Monseñor Pirs le miraba sus minúsculos senos y le decía: “Esas manzanitas son para mí”, y que estando encamado, la llamó, le aprisionó las manos y las puso en pose de agarrarle pito y bolas, aprovechando esa situación para masturbarse.

Repito que no le creí porque era muy mentirosa.

El caso prosigue con la historia de la descompostura del clérigo.

Esta mujer notó mi incredulidad y encrespó su ánimo. Furiosa, disimulaba su estado, esfuerzo que provocaba en sus facciones muecas desagradables.

Como la furia calentaba su interior, decidió liberarla a fin de que no la incendiara, y dijo: “Odié al maldito cura. Busqué una pastilla venenosa que exterminaba ratas; coloqué en una bandeja un vaso con espumante y la ofrecí, instándolo a ingerirla”.

Tardes macilentas durante las cuales Inés Orete leía alguna novela de moda, como en mi departamento, fueron repitiéndose en la clínica, hasta la hora crepuscular, en que se iba a su casa, renqueando cada día con mayor espasmo doloroso que denunciaba con las más desagradables muecas en su desfigurada cara vieja. - Fingía.

Puesta aún sobre la cama ortopédica, oí la misma oferta que Inés hiciera a Monseñor Pirs. Creo que me negué a recordar el horrendo caso criminal. Ingerí la cápsula. Espumé. Fallecí.

Sé que fallecí, aunque los médicos diagnosticaron borrachera por barbitúricos; error de enfermería y otras posibilidades.

La bestia repetiría la huida que siguió a la cruel circunstancia que borró del mapa al clérigo y que consistió en fuga del instituto y viaje a la Patagonia.

Desapareció con Anatolia, una mujer homosexual. Trabajaron en la esquila de ovejas durante meses.

Morí, caí al reino de los seres oscuros; vi lo que hubiera preferido no ver; padecí quemaduras pavorosas; grité: “No estoy muerta”; regresé.

Imponen que mi relato es ardid de escritora para llamar la atención. ¡Ojalá!

De ser farsa, yo estaría muy tranquila respirando en la reconquistada superficie del lugar que habito. Y no es así. Antes del viaje al infierno era agradable dormir. Ahora tengo miedo a despertar en aquel ambiente feroz.

Por meses, me negué a ingerir la pastilla-adormidera, llamémosla así, por temor a que fuera pasaporte al averno ya comprobado…

Somáticamente, voy recuperando mis facultades mutiladas por intervenciones quirúrgicas y envenenamiento.

La cápsula asesina me sumergió tres días con sus noches en la casa del Diablo.

Hoy me visitó el cura exorcista que trepó la escalera; por el lado contrario subía el Diablo.

El cura exorcista hizo referencia a la escalera antes que yo le contara las circunstancias que acompañaron mis horas de martirio y mi vuelta a este mundo circundante.

Que los hechos me liberen de otra estadía en el antro de perversión en cualquier momento.

Niebla gris de un lago de humo me devuelve revelados movimientos y palabras fluctuantes del turbio pasaje de mi vida,

que me cuesta calificar de miserable.

Juro que no trato de capturar la atención de los lectores aficionados a las páginas terroríficas de algunos cuentos.

Víctima de una victimaria

Gris la cápsula que inauguró el desastre, suministrada durante mi estado de semiinconsciencia postoperatoria por la victimaria de -Monseñor Pirs, cuyos restos yacen en un nicho de la institución cultural donde dictó clases. Inés Orete ya poseía antecedentes por ella misma proclamados y comentados…

"Me voy, no sea que vuelvan a acusarme de envenenadora como en el caso de Monseñor".

Supongo que también mató a su suegra. Volveremos a este último asunto.

Antes de desaparecer, Inés Orete visitó mi departamento. Tenía llaves.

Yo había ido ahorrando dinero desde hacía cuatro años a la fecha del atropello-robo-hurto y depredación.

Los sucedidos acontecieron cuando Orete visitó mi departamento y abriendo el cajón del medio del mueble-escritorio sacó el fajo importantísimo y jugoso de billetes de cien pesos y algunos euros (no pocos).

Libros cambiados de lugar (después comprobé) y rotos en las tapas de cobertura gruesa, de cuerina; objetos profundos dados vuelta o desfondados; carteras y sobres aniquilados, como así también estantes de ropa vacíos y algunas prendas importadas se sumaban al botín de la ladrona. Imagino sus muecas mientras hurtaba y depredaba, en su imaginación, a una mujer difunta.

Aclaro que cuando supo de mi supervivencia, desapareció y hasta hoy que han pasado torrentosas aguas debajo de los puentes no he vuelto a saber de ella…

Ánima perdida y putrefacta, junto a su cría loca de marido dislálico, y la yunta de hijo e hija; el chico, carente de profesión y desocupado, idiota, igual al progenitor, y la muchacha, puta.

Prometí hacer referencia al caso de la suegra, mamá del dislálico.

Esta pobre suegra enviudó.

Poseía una casita modesta y linda en un suburbio cercano al cementerio.

Dislálico, llamemos así al marido de Inés Orete —Tomás Orete —, sollozó algo esa defunción, mientras la rata miraba en torno, auscultando…

En esos tiempos, trabajaba en mi departamento y me contó la muerte y circunstancias de su mamá política, o sea, suegra…

No estaba triste, la rata.

La vi como satisfecha cuando me contó que la anciana había terminado su laboriosa vida sufriendo dolores y vómitos en un geriátrico. Ella tramitó la internación y la visitaba todos los días.

Me relató que le había costado convencerla con respecto a la internación y que tuvo que "trabajarla" varios largos días.

Ya tenía en la casa la perrita rulienta que "podía hacerla caer". - Significaba un peligro para la vieja.

Dijo: "La vencí. Nunca olvidaré la mirada de mi suegra… estaba derrotada".

Seguramente después la envenenó como a Monseñor Pirs; yo le fallé.

¡Mala pécora!

No volveré a escribir sobre el caso.

Confieso que espanta la sutileza con que este sujeto actuaba para lograr su cometido. Ignoro qué obtuvo con el victimado sacerdote. - De la suegra, obtuvo la casita que habita la hija con su macho.

No es muy fácil superar las catástrofes. No es muy fácil caminar un paraje de escombros salvando obstáculos de cosas destruidas; ganar terreno en el mundo objetivo.

Obviar recuerdos que tratamos de sumergir en la inconsciencia y que se rebelan y, saltando, vuelven a la superficie consciente.

No puede el humano borrar de golpe aquello grabado a fuego en la muralla psíquica como un escolar borraría lo escrito con tiza en un pizarrón del aula.

SEGUNDA PARTE

Objetos de Museo y de Capilla

Hay objetos inolvidables. Por suerte, algunos son preciosos como la escultura de Ariadna, del Museo del Louvre. Desde el balcón egregio del antiguo Palacio Real, puede verse esa escultura que manifiesta una joven fallecida en aguas de un río.

Es Ariadna suicidada, a causa de la traición de su amado Teseo, que luego de exterminar al Minotauro, que dormitaba en la rivera de un mar, siguiendo la huella que le marcara el hilo de Ariadna, se ha casado con otra… ¡Qué decepción! Pobrecita…

Lastima esa estatua.

La belleza plástica se ablanda, aunque sea marmórea, al expulsar tibio llanto. El objeto se convertirá en sujeto enternecido, solitario para el caso.

Cuando vi a Ariadna-estatua por primera vez, yacía su cuerpo encima de una tarima cubierta de edredón rojo con borlas.

La segunda vez, luego de dos años, estaba sobre plataforma de mármol puro. Además de su cuerpo, también dormía su ánima.

Será que los calendarios sumados nos permiten terminantes percepciones.

En el Louvre he pasado el mayor tiempo-espacio de mis estadías francesas.

Ahí mismo, otro objeto deslumbró mis capacidades íntimas de valoración: el monumento a Fox y la dama oculta.

He quedado horas, largas horas, en el banco que cruza la enorme sala, mirando ese espectáculo en liso mármol oscuro, y a los ocho monjes capuchinos (¿o serán barones de duelo?) soportando la carga funeral, el féretro que contiene al noble guerrero.

Hasta sentí sus andantes pasos férreos, seguros. Cuánta adustez… El finado, al que la muerte adelgaza eternizando, apunta a un cielo de basalto gris de pena.

Todo acontece encima de un piso de cerámica en rombos, que rezuma heráldicas. Una jovencita togada se arrebuja al borde.

La escultura ya no es objetiva, sino lanza incisiva que magulla la piel del ánima y desanima al pie del grupo caminante y fijo.

Aconteció en Madrid, en el Museo del Prado. En la sala dedicada a Francisco de Goya y Lucientes, a María Luisa de Austria y a la duquesa Cayetana de Alba.

Mi adoración me clavó en "Las Pesadillas".

Le comenté a Goya como si estuviera (estaba): "Si le relatara mis pesadillas pesarosas, seguro le servirían".

No sé si me oyó.

En un recodo hallé alguna.

Esa que transcurre en una calle urbana, aunque tan sola que asusta.

Voy por la calle sola y asustada.

No sé de qué…

De repente, admito que de mí misma y me borro. En un desierto amarillo me hundo en el arenal, junto al Perro en la Arena. Goya me firma al pie del cuadro.

Me fusilaron cerca de la Casa del Loco. Huyo del Coloso del - Pánico; igual que a Rainer Maria Rilke, me atormenta lo enorme: La Gran Muralla, los posibles Elefantes de Aníbal, Las Brujas flotando por doquier…

En una galería de arte *parisien* estaba Jeanne Modigliani, retrato de la esposa del pintor.

Salió de la prisión leve del marco y era la hija de la pareja ya desaparecida. Objeto sublimado en la presencia de una muchacha contemporánea, madurada en el muro, libre en los parques de - Versailles.

Viajé a Berlín, que comparo con un objeto de cristal de roca, transparente y purísimo; no experimenté sensación idéntica en otra instancia, y visité el zoológico, donde conocí a Tobi.

En la época del káiser, fundaron el zoológico que inauguró el gorila llamado Tobi, cuyos restos descansan en el parterre avecinado a la gran escultura en bronce y hierro.

Cada especie en su ambiente natural, ni los osos ni los simios ni los pájaros sufren.

Tobi de bronce y de hierro vive en el gran parque como él, viendo las copas de los árboles donde trepaba cuando fue un animal entre los animales de la fauna.

Después ya no lo fue, aunque hay quienes desprecian indubitables herencias antepasadas.

Casi en abril volví a París y al Louvre, donde me quedé todo el día. Total, funciona ahí un buen restaurante.

Ahí mismo me encuentro con Jeanne Modigliani, en memoria de sus padres yacentes en Père Lachaise.

Todavía llovizna en el paisaje.

De otros casos

No todos fueron jardines, museos y edificios medievales en mi azarosa existencia a la que así, como “Las tres Gracias” agraciaron, las tormentas interiores desesperaron.

No hubo ventarrones y granizada tan intensos que amainaran las lecturas y los viajes a Europa, alguno al Cairo. África es cálida y las rosas del Cairo tan densas que casi es posible palpar sus aromas.

Los colores se huelen a fuerza de la tórrida esfumina de sus tonalidades, y el rojo es clavel, el ámbar miel y el blanco carece de tal cualidad y es esa flor de gran pistilo, cala, logo de la nación.

Las tolderías vecinas a los palacios esfuman humaredas que producen ilusionados mareos, como de barco a merced de las olas de un mar brusco, y es preciso sentarse y ver a lo lejos cómo se desliza la línea ininterrumpida y oscilante de camellos al son de un canto bárbaro, improvisado por la imaginación del que observa el son de la caravana.

Angustias pálidas y frías ceden sitio a tales situaciones sucedidas, aparentemente, brotadas de una capacidad imaginativa creadora extraordinaria y monstruosa.

Cuando escribo tolderías, significa habitáculo de bereberes andariegos como el polen volátil de los árboles y de las plantas.

Beduino es un término encantador.

Quien no haya logrado enraizar en una parcela, laguna, montaña, pampa, etc., me entenderá, porque no hay nada tan repulsivo como el paisaje obligadamente repetido desde el nacimiento hasta el fallecimiento, con todas las consecuencias y obligaciones que en los estancos nombrados se contraen…

Son modos, maneras de ver las cosas…

Debiéramos haber nacido con alitas plegadizas a nuestra espalda, a fin de desplegarlas cada mañana y partir.

La partida sería voluntaria y algunos nunca desplegarían y echarían raíces ahí mismo. No critico opciones. “No hay como hacer lo que nos venga en ganas”. Esto último es de François Villon, primer poeta francés.

Bien. Los sueños, sueños son.

A falta de “aquello”, tengo siempre mi pasaporte al día.

Otro refrán: soñar no cuesta nada.

Reflexiono: cada sueño imposible significa otoño del ánima y desanima.

Pero la vida es así.

Y el ser sumiso se aferra cual lapa a la roca y permanece hasta que la marejada lo sumerge con roca y todo.

Vaya pues…

¿Adónde quieren que vaya sin alas y con este desierto de piedras circundantes?

Recuerdo que en África, en El Cairo, en el Museo, descansan los faraones. Ramsés II descansa en El Cairo. En el Museo los visitaba con asiduidad, sobre todo a Ramsés II. El cuidador togado y tocado de blanco-cala ya me conocía.

Fuera del edificio ronroneaban sones de caravana; dentro, el sonoro silencio de la candorosa antigüedad.

He adorado tales circunstancias irrepetibles, irreeditables, únicas.

¿A ver quién o quiénes se atrevieron como me atreví a sumergirse en el misterio de Oriente como en el Hades temido y, ¡ay!, prometido?

El guardián chupaba del narguile y me invitó. Asistí a un espacio puntillista irisado de piratas multicolores y, al minuto, aves zancudas surgían aparecidas o crecidas de riachos verde-hoja, rumorosos; el grupo de sílfides sonando entre los dedos minúsculos instrumentos decoraba musicalmente y, ¡oh, maravilla de una de las mil y una noches!, yo ahí danzaba.

No hubo pausa; el tiempo, ese tiempo no figuró en ningún minutero; la noche, esa noche, no entenebreció ningún día ni despertó ventanas al amanecer, pero fue…

Existe lo indefinible.

Existe lo inalcanzable, así también las sombras de los ayeres vividos, aunque no experimentados como hechos posibles. Estos suelen ser mis desesperaciones.

Suelen ser mis desesperaciones. Soy cual un cazador de ánimas fluctuando en sus propios aconteceres, y en tal inocua actividad, me desmanejo.

En aquel ambientado refugio del desierto vi a Horus y a la Vaca Sagrada; a la Luna Encornada; a los Cuervos del Nilo atacando a los pescadores, robándoles los peces de las redes y los ojos de las caras.

Gemía en el sitio de Ramsés II, mi primera experiencia egipcia.

Había mucho más, pero creo que lo he olvidado, como he olvidado el latir de los crótalos, instrumentos típicos de las odaliscas elásticas.

Las estúpidas insolencias vulgares de mi época ruin serán derrotadas por el contacto de estos hechos líricos. Supongo que ya no fustigan mi subconsciencia. Han sido. No volverán.

Un escritor porteño de Buenos Aires se me ocurrió a la sombra de ese monumento atroz, brotado de la entraña del arenal solitario: La Esfinge. Manuel Mujica Lainez, que en gloria esté.

El viento alzó arena del arenal solitario y me refugié contra una muralla del coloso. Recordé un poema de un poeta cuyos nombres se escurrieron de mi memoria y que significaban: a la sombra de esa gran cabeza impávida, que jamás dirá cuántos calendarios rozaron su pétrea estructura ni qué multitud de pedreas sufrió, ni cuántas admiraciones hicieron el amor; aunque no lo exponga abiertamente, de la dedicatoria de un delgadísimo libro se desprende.

Fatigada de ensoñaciones me tendí sobre esa alfombra gastada al lado de Ramsés II, junto al guardián. Tan insuperables experiencias son las corazas defensoras contra la tosca vulgaridad del lujo de los automóviles de material plástico, que se abollan ni bien chocan con la pared del viento… Y de otras vulgaridades gangosas de la pronunciación malhadada de nuestro fino vocabulario nativo, hijo del hispano.

Y de otras… otras… otras.

TERCERA PARTE

Mi amigo Poroto Botana

Cuando conocí a Helvio, o sea a Poroto, era yo una joven melancólica de la década de los cuarenta, tirando al inicio de los cincuenta.

Ocurrió el casual encuentro, luego amistad cordial, para finiquitar en violenta y temerosa enemistad, tiempo después.

Ocasionalmente, nos contactábamos en la quinta del Empalme - San Vicente, de María Granata, la autora de la novela *Los viernes de la eternidad*, llevada al cinematógrafo, con éxito de boletería.

Grato me resulta traer al presente aquellas tertulias encantadoras, donde reinaba la oferente, María, chica alegre, comunicativa y muy leída entonces, en los diarios y en las revistas. - Ella aún publica novelas y cuentos, y vive en un departamento, en - Buenos Aires, vecino al de su hijo, su nuera y su nieto. Rara avis… es feliz.

A las reuniones frecuentes en la quinta del Empalme San - Vicente, asistían con asiduidad escritores, artistas plásticos y actores.

Yo solía quedarme a dormir, especialmente cuando las charlas se espesaban y ya anochecía.

Todo era tan bello que duele recordarlo, por ser hoy solo ayer, irrepetible.

Aggiorno ese pasado a la pantalla de una actualidad doliente con el fin de contar lo sucedido con Poroto, Helvio Botana, hijo del millonario periodista, dueño del diario *Crítica*, don Natalio Botana y Salvadora Medina Onrubia.

Hubo conversaciones sobre Horacio Quiroga, del que significaba pariente político el poeta Horacio Rega Molina, y a quien conoció el escritor Nicolás Olivari, y del cual tenía referencias el autor de - *Tiempo de muchachas*, Alberto Ponce de León.

Advertíase, en ese sitio de verano, un cierto sofoco almibarado, dado que había panales de abeja volátiles, apreciado por los dueños. Magia del campo había…

Padecía mi interior deshecho por una pena de pérdida insuperable, y tanto, que temí ser tentada por la atracción de las vías del tren de regreso, y arrojarme ahí, a fin de terminar de andar navegando mar de angustia profunda y sin lágrimas. Quería y no podía recurrir al alivio de un llanto tibio.

Me quedaría en la quinta hasta el día siguiente. Los contertulios hablaban de Horacio Quiroga, el cuentista salvaje de la selva más impenetrable que es el pecho humano.

La estampa pintada por Rega Molina con sus decires ilustrados expuestos en ese paisaje verde azulado, a pesar de la serenidad horaria, nos erizaba.

Rega Molina estructuraba un hombre amante de las enormes serpientes de los cerrados bosques cuyos troncos casi incrustados entre sí, son como murallas vegetales. De repente las copas misteriosas, quietas, conmovidas descubrían los corpachones gordos y elongados de las anacondas que, luego de digerir un potrillo o un carnero, reptaban sibilantes en dirección a los ríos y a los lagos. El impávido verderol latía oleaje de víboras prensiles y decoradas en su piel por el demonio o los espíritus tintoreros que se inspiran en los territorios del miedo.

Instintivamente, recogimos piernas en la reposera. Ninguno de los ahí presentes hablaba. El poeta hubo invocado al espíritu del maligno que encarnó en el escritor salvaje exterminándolo a él también, como lo hiciera con aquellos que se le atrevieron, que se le acercaron.

Los cuitados vinieron en la narración espléndida: Alfonsina - Storni, Leopoldo Lugones; las esposas y los hijos; el médico.

Rega Molina fue padrino de esas criaturas (los hijos) y acotó: “A mí no me alcanzó porque yo no lo quería”.

Me dije a mí misma que fueron parientes políticos…

Al poco tiempo, el contemporáneo compadre denunció graves dolores en el brazo derecho y expresó que se le entumecía la mano.

La mano del enorme poeta nacido en San Nicolás de los Arroyos, cuyo nombre prohibió pronunciar una cruel dictadura, la peor y más satánica sudamericana, acaecida en nuestro país, la - Argentina…

Corrían velozmente los días y los años de la década del cincuenta, y todos los escuchas de la quinta terminamos encarcelados, golpeados, macerados, exiliados…

Puta que los parió a los milicos.

Y así fue que antes del golpe militar, por la espalda, Poroto - Helvio Botana leyó las palmas de mis manos.

Fue a principios del otoño, cuando la vegetación amarilla, como en los cuadros de Van Gogh… Frío cariñoso amenguaba al vagoroso estío. Leíamos *La quinta*, novela de Alberto Ponce de León, premiada por Emecé.

Poncho, sobrenombre del galardonado, mostraba su alegría tan discreta y moderada que mejor aparentaba melancolía. - Brindábamos con vinos; preferí el champagne. Es de mi predilección, aunque muchos opinaron que ningún vino sabía mejor que el Toro Viejo. Aquí recordé al editor don Antonio Zamora; lo bebía en el almuerzo.

Pregunté a Botana si el rumor porteño de que andaba por los techos en la alta noche era verdad y me replicó que sí, causa del sonambulismo padecido, o no, según se aprecie por su familia, heredada de doña Salvadora, su mamá, que acompañaba sus andanzas luego de poner en la sala de las estatuas un cigarro en la boca de la escultura de Rostand; que en una ocasión, un amigo colocó un recipiente con agua al lado de su descendimiento del lecho y que él lo saltó para no mojarse los pies.

De haber sumergido los pies en el agua, habría despertado…

Pero un sonámbulo defiende ese tipo de conducta, hasta recobrar naturalmente su estado de vigilia.

María Granata me envió un libro de versos de su autoría y levantó la tapa de la caja de aquellos sucedidos algo confundidos y desparramados por la niebla de años y años sumados por la matemática inequívoca que proclama cuántos nos corresponden,

aunque intentemos ignorarlos, haciéndonos los distraídos, mirando a otro lado, alejados suficientemente de los atroces calendarios.

Vana pretensión… Ahí despierta el dormir más temido.

Cuando andaba los caminos luminosos de la adolescencia y suponía saberlo todo (a pesar de no saber casi nada), nombraba la muerte románticamente; poematizaba ese silencio astroso y maldito; paladeaba las palabras rítmicas de los poemas que le dedicaba.

Qué estupidez.

Desdigo los adjetivos preciosistas inspirados en tal vacío inocuo.

En la ciudad de La Plata, cuatro bardos fundacionales de las bellas letras le rindieron homenajes y se ofrecieron a la sombría desmechada, que esgrime una guadaña: Alberto Ripa Alberdi, Pedro Mario Delheye, Alberto Mendióroz y Francisco López Merino.

Este último se rindió por mano propia. Crearon la Primavera - Trágica sus agostadas épocas y un bardo del cuarenta, Gustavo - García Saraví, como tal los definió, mancomunándolos.

Pronto, Helvio Botana me leyó las manos y de la mano me entró en un siniestro invierno que superó la primavera trágica de los silentes, en el peor de los inviernos.

El profesor Alfredo Calcagno, de la Facultad de Humanidades platense, aseguraba que, en las palmas de las manos, estaba dibujado el mapa de la vida.

Hoy, lo aseguro.

El periodista, escritor de numerosos géneros literarios, histriónico, comunicativo a ratos y luego lacónico cual espartano, dedujo que yo obtendría un premio importantísimo devenido de una novela original, presentada ante un jurado exigente.

Aún faltaba un tramo largo de mi carrera por la gran vía de este mundo. El lector, de pronto suspendió su faena de oráculo andariego por los rieles que las emotividades dibujan en las palmas de las manos, diciendo: “Basta, por favor, no me preguntes más…”.

Presto, se alejó de mí, así como uno se aleja de algo o alguien espantoso.

Noté su palidez y su honda tristeza, que lo inundaban

fragorosamente.

Con el correr de las aguas debajo de los puentes sabría el porqué de esa evasión.

Y transcurrieron cuatro lustros.

Gané el anunciado galardón ofrecido en un periódico porteño de indudable jerarquía y recio jurado.

Surgí a la fama, algo derrengada por "los golpes de la vida que no son muchos, pero son", en palabras del peruano César Vallejo.

Llamé por teléfono a María Granata y le pregunté por Poroto, -Helvio Botana. Me notició que había muerto.

Penetré la bruma de un pavoroso miedo, aunque no sabía a qué, a quién…

No existe, para mí, estado de pánico, estrés, extrema angustia, que no solucione la lectura, y busqué en mi biblioteca un libro, cualquier libro. Cayó al piso desde su estante *Mulata de Tal*, de -Miguel Ángel Asturias, a quien recordé de inmediato, dado que paseábamos por las calles de París, tres años atrás. Del libro resbaló una tarjeta: "Helvio Botana. Periodista. Secretario del diario -*Crítica*".

(¿Qué me querías adelantar, alma en pena? Seguro me estás viendo redactar vivencias crueles de las que pudiste salvarme, de haberme avisado. ¿O es que lo que está escrito en la carta natal de cada uno de nosotros debe cumplirse fatalmente?)

Supongo que esa vez viniste a compartir los duelos que acaecerían por designio del destino implacable y tu aviso habría sido inútil…

A poco, estrellé mi esqueleto y lo tricé cual un cántaro de vidrio.

Pavura reminiscente de tu premonición silenciosa padecí durante aciagos meses.

Por si acaso no podés leer lo escrito al principio del texto, te informo que estoy aprendiendo a caminar como lo hace una nena no muy dotada.

En el sitio inicial del aprendizaje, he visto cosas que lastiman la sensibilidad; que enternecerían la conciencia más formal y equilibrada.

Y como siempre se aprende, aprendí la humildad.

Lo más doloroso

Estaba trizada, ya dije, como un cántaro de vidrio dentro del estrecho espacio cercado de biombos; a un lado sufría alguien manifestándose con repetidos lamentos e imprecaciones a su mala suerte; no sé si era hombre o mujer porque a cierto estanco de vida el humano se machihembra, igualándose.

Trajeron al otro espacio cercado algo gimoteante sobre una camilla.

Divisé de refilón un montoncito de carne rosada que temblaba cual jalea anaranjada.

Aquello lloriqueaba.

Los guardapolvos blancos de doctores y enfermeros en número de cuatro seguían al trémulo cortejo de camilleros transportadores, también en número de cuatro, que depositaron el bultito gimoteando, sin duda en la cama o…

No puedo describir lo que sucedió en el lugar vecino, al otro lado de mi estrecho espacio.

Escribo y describo lo que vi; lo que oí.

Oí el silencio inmediato. Me asustó aquel silencio demasiado inmediato que acalló los quejidos, y el rodar de la camilla ahora cubierta con la sábana de todas las despedidas hospitalarias.

Se iba aquello misterioso para mí, que alucinaba entonces esperando, como habría esperado lo ensabanado, a cuatro médicos, cuatro enfermeros y los camilleros de turno llevándome al quirófano; tal vez ni eso ocurriera y me cubrieran ahí mismo donde yacía con la sábana final.

Todo fue posible, y más también.

Sentía hondo oprobio de tratos indiferentes, al paso nomás como de lástima y no por mi lastimadura, sino por la comprobación miserable de mi mal estado, del tiempo que dedicarían a mi

atención, del hecho de estar de pie, mientras yo significaba un lastre quebrado y menesteroso de diálogo servil, obligatorio por ley, por mandato de unos dueños a los que nunca conocí.

Pero tal circunstancia no importaba.

Importaba que experimentaba enorme piedad hacia mi propia derrengada estructura despreciada por aquellos, que obligadamente debían atenderme y retaceaban con altanería ejercer el oficio de curar, higienizar y bientratar; y al observarlos, porque cuando mejoré lo hacía, pude adivinar que la gran mayoría procedía de infames villorrios, y lo peor, que carecía de instrucción y educación.

Recordé los versos de Rimbaud: "Mi pobre corazón babea a la popa / mi corazón cubierto de basura; / mi pobre corazón babea a la popa. / Arrojan sobre él platos de sopa, / mi pobre corazón babea a la popa".

Meses perdidos en la cinta de papel de mi vida se licuaron como helados de limón. Además, no quiero ni siquiera volver ahí por la escritura, y adoraría certificar que soñé pesadillas.

Pero no.

Arreglaron mis míseros huesos con clavos y otras tachas plásticas cuyas denominaciones medicinales ignoro.

Cuando las noches arreciaban de calor porque prendían la calefacción al límite de sus potencias tropicales, me asaba cual pollo al horno.

Resultaban inútiles los reclamos de los suplicantes de los hechos.

Los encargados pasaban mirando con altanería a los desvalidos y se reunían a fumar en el fondo de un habitáculo vacío.

Reinaba la orina en todo su esplendor lascivo.

Un anciano andariego vagabundeaba por los pasillos y entraba a las piezas desenfadado y satisfecho. Había defecado en los zapatos de los cuitados internados.

Había un paciente cantor de melodías anticuadas y tangos. Las sesiones de recuperación se desaforaban en la voz del viejo.

En esas sesiones, colocaban electrodos en piernas y brazos, en espaldas, en…

El cantor avivaba el tono de voz con la electricidad y se avivaba

con las damas canosas como él; algunas le sonreían mostrando las prótesis amarillas y gastadas.

Un día, el trovador, entre trova y trova, se cagó en los pantalones.

"No te aflijas, estás con flojera intestinal", dijo un enfermero tuteándolo, porque ahí se tuteaba hasta a Matusalén.

No se afectó el cagón y prosiguió con "Caminito que el tiempo ha borrado…", lo más campante y fragante.

Sucedían episodios graciosos en apariencia, arraigados en las horrendas soledades de la etapa final de los humanos que, por tratarse de sujetos pensantes según niveles culturales y demás, resultaban altamente dolorosos.

El gimnasio era un enorme salón con piso de baldosas y extensos ventanales que se abrían a una plazoleta arbolada. Ubicado en el segundo piso del edificio, permitía ver las copas de los árboles que el invierno de junio desolaba.

Kinesiólogos y terapeutas cumplían sus funciones consistentes en recuperación de capacidades psicosomáticas, interrumpidas por accidentes cerebrovasculares y quebraduras de huesos; también atención a víctimas de las drogas.

Hubo instancias desesperantes.

Viendo a los profesionales muy capacitados, a pesar de su juventud, sentía cierto alivio que el miedo atenuaba. Yo tenía miedo pánico.

Aprendí a manejar la silla ortopédica magistralmente.

El ofrecimiento del andador me sumió en gran minusvalía…

Llamé caminador a ese objeto metálico, agresivo al principio, aceptable luego, y se me hizo simpático.

Jugué a la pelota de plástico con piernas y pies, sentada.

Elevé clavas, estirando los brazos arriba, abajo, a los costados y al pecho.

Me agarré a las barandas de las paralelas, de las escaleras, de las bicicletas.

Día a día experimentaba elongamiento de mis coyunturas y vi que los músculos respondían a mis monstruosos esfuerzos. Casi

medio año pasé dominando impedimentos, tratando de hacer equilibrio, y sufrí el pánico de la atracción fatídica que ejerce el principio de gravedad.

Consumía los meses en el sitio que significaba lo único posible para lograr mi vuelta al común.

En pausas de los trabajos y los días, aunque deseara evitarlo, oía los gritos de los viejos y las viejas que clamaban por sus papás; gateaban cual bebés por los corredores y numerosos ancianos mostraban por amputaciones los muñones.

En tarjetones carbonillados de Goya supe de aquellos episodios. - Y también de los viejos comiendo y a los drogados panza arriba.

Si me faltaba un trago de amargura, ahí bebí riachos.

Jornadas que comenzaban con el lamparón aciago de la luz del día invadiendo mi habitación repentinamente; los encargados de la limpieza, despiadados en sus despiadadas funciones serviles, lampaceaban el piso con lampazos rápidos, desconsiderados.

Ensuciaban más que antes…

Se iban altaneros como duques y duquesas de escoba y escobillón.

Territorio feo, barrial, desesperanzado.

Nada valía tal desvalimiento.

No obstante, el gimnasio sobresalía de los desvalimientos antes citados.

Un ser llamado clínico

Solía andar sin ruido como si calzara zapatillas de peluche, el ser llamado clínico. Se trataba de un anciano de cuento siniestro, de aquellos de Próspero Merimée o el titulado “El hombre de la arena”, al que retuve subconscientemente en mi infancia, acicateando mis sueños.

Especialmente durante las noches invernales, siendo yo niña de siete años que dormía en un segundo piso al cual se ascendía por una escalera de madera, a las doce horas de luna llena, oía trepar por los escalones al hombre aquel que traía los bolsillos de su capote marinero llenos de arena de la playa para echarla en los ojos de los pequeños aún despiertos…

Quería bajar mis párpados, pero el miedo de que al levantarlos, el funesto viejo estuviera ahí mismo, junto, no lo permitía.

Al cumplir ocho años, la fantasía se diluyó y regresó en el sitio de mi muy posterior internación.

Estaba en mi cama ortopédica del segundo piso, al que se llegaba mediante un ascensor.

Ríspidas jornadas preparaban inquietas duermevelas sembradas de vigilia.

Las vigilias eran aprovechadas por el médico clínico, que en vez de arena portaba en su bolsillo el termómetro y algún otro aparatito similar.

La testa apoyada en una no pronunciada joroba lo mantenía inclinado hacia delante: cuco atendiendo con sostenida actitud, diré continua, me causaba terror retrospectivo y yo volvía a la noche infantil del arenero.

Este sujeto silencioso no hablaba, solo sonaba “hum”, que arrastraba cúmulo catarroso.

Andaba bastante inclinado hacia delante y despacito. Sus manos

delicadas y frías, jóvenes, simulaban ajenas, prestadas al resto de humanidad que soportaba el evidentemente candidato al camposanto.

La puerta fea y amarilla de la pieza del sitio abría el fantoma con pausa y sin prisa; primero, viendo desde afuera se aseguraba de que el paciente encamado estuviera, y revisaba el entorno con los ojos claros color de pez tristísimo, pescado en la red.

Entraba al aposento sin palabra, esgrimiendo el termómetro.

Fluctuante mímica conseguía que yo me entregara dispuesta a que tomara temperatura.

El caduco individuo suspiraba, comprobando algo que sería estado febril en la barrita de vidrio, y volvía a suspirar. Sacudía y guardaba el aparatito en el bolsillo de su anacrónico y no muy albo guardapolvo, que le colgaba cual prenda desubicada del perchero y a punto de caerse.

Una vez me animé a preguntar si tenía fiebre. Observándome altaneramente, no respondió.

Se marchaba arrastrando el fracaso de alguien perdido en el campo baldío de la ciencia médica, baldío de sabiduría, donde hacinados se arraciman con sus diplomas los facultativos del olvido y de la suficiencia que no es sino pedantería.

Había unas doctoras que emitían dulzura en sus locuciones y que parecían nenitas recién bañadas. Auscultaban desde la puerta fea y amarilla preguntando: “¿Cómo se siente?”. Y una contestaba “bien”, y presto se iban. Siempre así.

Antes de diplomar a la gente, sería conveniente husmear a fondo.

En el sitio acontecían susurrantes episodios de ceremonias secretas entre grupos grises de asilados.

Sinfonía en gris mayor cumplían los temibles horarios estructurados de acuerdo a las necesidades ambientales, y con gritos, maldiciones, llamados nunca escuchados ni socorridos y llantinas histéricas, salpicadas de mofas y risotadas, los arrumbados al sitio pasábamos horas, días, semanas y meses; algunos llegaban al año y más aún…

Mis lapsos estancados sirvieron a mi recuperación merced a la voluntariosa y continua intervención del doctor Orlando Castro, que me enseñó a comer de nuevo.

Por los intersticios del esqueleto añicado huyó la memoria motora que ayuda al humano, desde la primera infancia hasta la defunción, a servirse de la morfología heredada que se pone en función por obra y gracia de la imitación de las actitudes y aptitudes del prójimo.

Ignoraba, sumergida en un pozo oscuro, el uso de los cubiertos de mesa, la palabra. No emitía palabra alguna ni pensaba. Me costó capturar la verticalidad y los pasos andariegos; mes a mes me recuperé con dolor espantoso vertebral y visceral.

El doctor Orlando Castro es un médico y doctor en la noble ciencia aristotélica; alumno distinguido de la cátedra del doctor - Mainetti, que en gloria esté, y que representa lujo del arte de curar de la ciudad de La Plata, y cuya fama fluye al mundo.

De no ser por el doctor ya mencionado y su esposa Ofelia, yo hubiera sido otro despojo entre los despojos del sitio clínico.

También me ayudó Gustavo Castro, el escultor hijo de aquellos. - Fue uno de mis más conspicuos auxiliares de recuperación.

Lo interesante del caso y digno de ser acotado es que estos tres señores nunca cobraron ninguna retribución, cuando en el sitio cobraban hasta el hecho desenfadado y por descuido de tirarse un pedo.

Mario, el kinesiólogo

Viene día por medio a ejercitarme en lo aprendido y aprehendido en el gimnasio.

Elástico cual un gran gato, toma aire en el umbral del complejo departamental en propiedad horizontal, aspirando aire, y dos saltos le bastan para tocar el timbre de mi estanco. Expira el aire, satisfecho de funcionar esplendorosamente.

Llena dos botellas plásticas con agua, que debo sostener, en alto, con ambos brazos. Mis coyunturas chirrían; las botellas contienen un litro.

Sigue: “Arriba al pecho abajo: descanso”.

Diez impulsos dolorosos.

Sigue: “A volar con las alas; ritmo de paloma… algunas no llegan a Capistrano y se ahogan en el mar…”.

Sigue: “Arriba abajo; arriba abajo; diez veces de trac-trac-trac óseo, ¡ay! Descansar”.

Ahora las piernas: “Arriba abajo, diez veces…”.

Y así: “Desde las rodillas… derecha izquierda… derecha primero, izquierda segundo; separarlas una de otra…” y más y más y más.

En otras sesiones, me ordenará ponerme de pie y sentarme. De pie sumir la panza, sumir la cola. Numerosos etc. etc. etc.

Vendrán las paralelas; el andador al que he rebautizado caminador, dado que, usando pañal, andador es demasiado retroceso en una siniestra cronología.

Iré nuevamente a agarrar las botellas, una transparente-cristalina, otra verde nilo, y haré mi revancha introspectiva; viajaré por mi cuenta y riesgo en un barco viejo de madera como los que usaron los navegantes intrépidos en los tiempos lejanísimos, que aseguraban que el mundo significaba una enorme tabla y que, al

llegar al borde desconocido, los marinos y los marineros caerían al vacío desconocido, más seguro y temerosamente esperado por haber sido diagnosticado en los trazados portulanos de pergamino por los augures que leían en las estrellas y demás el futuro oculto para el común, que ellos descubrían por obra y gracia celestiales.

Enfilaré con mi transporte a Nápoles y desembarcaré en la bahía.

Iré, luego, andando por la Via Nilo, en dirección a La Capella de San Severo, y ya en el umbral que los siglos han carcomido, empujaré la añosa puerta y entraré. Nada me detendrá en la planta baja con ángeles y enrejados de mármol, porque llevo *in mente* el derrotero.

Bajaré la escalerilla de hierro hasta la profundidad del sitio cautivador.

Visitaré a los habitantes de las dos vitrinas horizontales enhiestas; a sus ocupantes altos y expectantes: Carino y Carina - Bella.

A la cabecera del muro estucado y barroco, vigila, pintado dentro de un marco oval, el príncipe Gaeta, el médico fármaco-ocultista. Es uno de los nobles de la familia Gaeta y manda una tropa de siervos que le respetan y obedecen hasta el martirio…

El martirio se lee en la mirada de Carina Bella. ¿Será porque no ha conservado los párpados?

Los ojos son oscuros de noche sin luna, denuncian tal angustia que dan ganas de llorar torrencialmente. Miran al visitante de frente y lo siguen viendo doquier; desde el 1400… Están petrificados. Vaya a saberse merced a qué prodigio, a cuál maldita hechicería.

Carina ha perdido los suyos y muestra las desiertas órbitas que simulan ventanitas sorprendidas.

De tanto vernos somos parientes.

Nos extrañamos desde nuestras personales circunstancias repetidamente adversas.

Carino y Carina Bella aún gobiernan a los gaetas en el mundo esquivo. Tal vez yo no tenga en el futuro una vitrina vítrea de

descanso.

El kinesiólogo: “Vamos… arriba abajo, al frente al costado; a un lado a otro… ¡diez veces… diez… diez!”.

Mario, el kinesiólogo: “Descanso. A caminar… vamos… equilibrio un pie adelante… sigue el otro pie…”.

No sabe que recién regreso de un viaje que comenzó adentro de la torturante botella verde nilo.

Antes, repito, fui valiente y brillante; hoy apenas me estoy recuperando con timidez de dar un paso en falso y desbarrancarme, lo que representaría mi defunción. No daré un paso en falso. Me apreciarán agachada y vejestoria; alguien casi reptante, temeroso de llevarse un objeto por delante y fracasar en su intento de integración a la civilidad. Es lógico que no salga a los saltos como un perro galgo en la sabana de carrera…

Las expresiones corporales que evidencié por meses y meses podrán ser ridículas y malavenidas cual los iniciales aprontes de la infancia. En realidad, repito, cohabito un territorio primerizo, difícil de conquistar, desconocido… Y fue de mi propiedad ayer nomás… - Y se me ha escurrido como arena contenida en una mano que escapa por entre los dedos.

Qué terrible es el espacio circundante: es abisal cual un precipicio y no puedo dejar de verlo, de sentir su maléfica atracción… qué desgracia.

¿Por qué me habré extraviado en este bosque sin calvero, en el atolladero de vericuetos insondables, acaso insalvables?

Me arriesgaré al marasmo de invadir esas zonas espantosas a riesgo de ultimarme por propia voluntad, obedeciendo al maestro, o no…

Ayer nomás caminaba por las sendas del universo propio, del ajeno, del frío, del calor y de las lluvias torrenciales.

Ayer nomás fui valiente y brillante como un diamante engarzado en la espada de un caballero medieval.

No es aceptable esta decrepitud. Maldita sea.

Saldré afuera del amurallado recinto ignoto.

Aseguro que lo haré transpirando océanos de miedo. El miedo

turba y causa invalidez. El miedo es. Hay que asesinarlo.

El miedo, los miedos

Ese vocablo es de textura suave y aterciopelada, se dice con recatada voz avergonzada temiendo descubrirme en los parámetros de la estupidez, de la simulación de estado desvalido con finalidades de sobreprotección. Y no es así.

Significa ahogo que aterroriza y llena el pecho de enormidades sombrías que configuran cataratas imposibles de evitar aunque el navegante reme y reme hendiendo el oleaje de aguas fustigantes, duras, cristales de roca apenas licuados que golpean a pedradas, y el infeliz navegante remero habrá de rendirse a las furias torrentosas y al abismo de más allá.

El miedo no debe triunfar pero es rival difícil. No obstante, hay que intentar derrotarlo.

Pero él sabe de su natural fuerza capaz de vencer al valeroso cuan brillante contendiente y apunta con agudos aguijones envenenados, con elefantes, con víboras; entonces el debilucho, con intención de ganar en ese desequilibrado campo marcial, acaso retroceda.

Pero no hay que darle el gusto al muy hijo de puta miedo.

Es preciso morirse del más banal de los vocabularios y mezclarlo con pis y caca, enseguida tirárselo a la cara, maldiciéndolo.

Si lo pude ayer o antes de ayer, cuando en cierta manera acabé con los gendarmes de la prisión que pateaban las pancitas de las embarazaditas y las transportaban encima de chapas de zinc a un recinto donde parían y regresaban pálidas, solas, sin el producto de sus pancitas embarazaditas, tristes como las calles de invierno, húmedas, amargamente arboladas, igual que las zonas urbanas de las feas pesadillas. Me decaí oyendo palabrotas innobles de bocas sucias, bigotudas, desdentadas, fumadoras. Ni me asusté de las corridas por los corredores del Departamento de Policía, de los

degenerados contratados para abusar de las chicas detenidas que iban al baño.

Sí, me asusté cuando me pisaron los dedos de los pies con los pestilentes borceguíes… Claro que sentí miedo a una invalidez subsiguiente que no ocurrió.

En aquel antro, a puteadas, me disfracé de machito y los sujetos, muchos uniformados, no iban a perder tiempo con alguien de tal talante…

Sin amilanarme, salí a la luz.

Sentí un minúsculo bulto en un bolsillo y lo tiré a la mierda.

Con el correr del tiempo advertí que había tirado el miedo a la mierda.

Intento, paciente lector de mis apuntes, transmitir la sorpresa que me causa esta sensación actual, que debe ser algo así como el retruécano de un pasado horripilante cual enfermedad incurable: sida o cáncer.

Hoy temo a los espacios vacíos.

Los espacios, el espacio

Philosophiae Naturalis Principia Mathematica, título de la obra de - Isaac Newton, versada en la primera Teoría General de la - Gravitación y la Universalidad del Fenómeno.

Es preciso comulgar con el común de la gente y aunque no sea comunista sé que es justicia.

No contradigo a los camaradas comunistas que en general son cultos y además inclinados a la filosofía. Yo profeso el cristianismo y respeto las fiestas consagradas; descanso esos pocos días y me alimento discretamente. No bebo alcohol.

Detesto a los que engullen y chupan torrencialmente, aunque tengan en sus casas lindísimos pesebres lujosos, iluminados, dorados y plateados… No creen en la humilde pobreza de los primeros santitos…

Estacionan los automóviles: coches, según mentan; que no, pues los coches iban tirados por caballos.

No me atraen esos individuos individualistas que solo miran delante de ellos mismos; cogotes varados y bizarros.

Arrojan en las altas noches de verano cohetería siniestra que suele arrancarles un ojo o dos.

Jugar con fuego es muy peligroso.

Prosigo contando para el común, y a manera campechana: en las entrañas del planeta Tierra actúa un imán gigantesco que atrae a cuanto bicho habita en la superficie, y atrae asimismo a quienes no caminan, a los objetos de hierro, madera, vidrio; a las plantas, a las piedras y a las cosas que se distraigan dando pasos en falso o sin apoyo, sin base suficiente, demasiado livianas, pesadas, etc.

Muchos, innumerables…

El sabio Isaac Newton hallábase echado a la sombra acogedora de un manzano, cuyas manzanas, naturalmente, estaban maduras y

coloradas cual mejillas de bebé.

Sopló la ráfaga de viento fuerte y una de esas frutas cayó sobre la ilustre cabeza de este señor célebre.

En textos ilustrados se lo ve sosteniendo su cabeza con una mano en actitud pensante y, en la otra mano, la manzana es el objeto sostenido y fijamente auscultado.

Don Isaac sacará conclusiones que le han madurado *in mente*, viendo el fruto del árbol, maduro.

Al ratito distrae la atención sostenida del perfumado fruto, dirigiéndola hacia abajo, al campito donde están los árboles, las casas, él, y suspira una conclusión de que existe una fuerza atractiva; en más de una ocasión dando un traspié ha caído de culo.

¡Oh, si la gravedad fuera repulsiva, gran coraza con las nubes se diera, enorme chichón en la mollera!

Mejor, dejemos las cosas así.

El P. de G. gobierna los movimientos del universo; la lunera de -Federico García Lorca gobierna mil órbitas…

Existen fenómenos macroscópicos que obedecen a los acontecimientos estelares y planetarios.

Concluyamos: el P. de G. significa un déspota espantoso y a mí me asusta.

Este principio se divierte en los espacios vacíos y los humanos tímidamente le hemos puesto el nombre de agorafobia.

Agorafobia es el desaliento causado por la maldita sensación de desvalimiento por falta de apoyo; un terror de ágora, o sea, plaza en idioma griego.

Después de la ruptura y posterior zurcidura ósea padecidas, siendo aquello descrito. No es bueno. Es horrenda sensación de fracaso psicosomático rogar a las cosas del ambiente que nos permitan apoyarnos en sus bordes, en sus planos. Todo es útil como la tabla en medio de la mar marea y la tromba.

Y el desvalido se pregunta a solas: ¿cómo será el aspecto del P. de G.?

A pesar de haberme sofocado por siniestro poder, nunca pude concebir *in mente* objeto o sujeto o forma o semejanza con cosa

alguna.

Supongo que abrirá enorme fauce succionadora poderosísima, redoblando la potencia de una anaconda a la hora de almorzar después de extenso ayuno, o el truculento apetito tragalotodo de un político recientemente electo por la plebe ignota, o algo así, que manyamientos más mayúsculos no se me ocurren. Valgan los anotados y abandonados a la aprobación, o no, de los amables lectores.

Pero, recordándome a mí misma, antes valiente y brillante ciudadana ilustre platense, que no provincial, por ser vetada por la -Honorable Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires (espero que el fundamento sea justo), triunfaré sobre la bocaza comilona y aspiradora del P. de G.

Luego cantaré “¡cartón lleno!” de mi lotería personal, obtenida a esfuerzo propio únicamente.

Y por no deberle nada a nadie, tapiaré mis días ya desgastados y urticantes.

Yo era…

Como un vientecillo audaz y rápido arrasante de cualquier obstáculo de impedimento a toma de castillo que pudo ser kafkiano, hago referencia al inconquistable castillo de Kafka, de su novela *El proceso*.

El señor K, de ser la señora K, sería yo misma asumiendo la circunstancial agonía denotada a cada tramo de las situaciones diversas pero teñidas de un solo color muy oscuro en mitad del camino de la vida.

La noche oscura, la mía, igual a la noctambulidad de la sombría kafkiana, aparecería resbalosa y humedecida de lluvia de fines de otoño cruel, y despertar de invierno temible.

Mas, a semejanza del señor K, de *El proceso*, a pesar de chumbos y retrocesos, de aguardar detrás de mugrientas puertas herméticas, no cejaría, no he cejado en intención de tomar la plaza… Y ¡a cuchillo!

Yo fui valiente y no he retrocedido.

Yo fui brillante y no pudieron opacarme. Podré caminar con los pies firmes y en equilibrio. Saltaré la fosa castellana de un salto increíble cuan inesperado. Inverosímil. Lo haré.

Y proseguiré hasta el fin de *la mia vita*, que aún diviso.

CUARTA PARTE

Cuando despuntaba el vicio

Era en la edad dorada de los ensueños, algunos inocentes.

Los puros estuvieron siempre en interiores naturalmente estructurados dentro de la psiquis individual, castísima, anterior a la contaminación del estro circundante y más allá del mismo.

De criatura en primera edad recuerdo el verso que fluía perfumado de aroma algo salvaje, más, clara o atractiva.

Cuando percibía algo pecaminoso, trataba de convencerme a mí misma de que no podía ser tal la decepción que me producían actitudes, palabras y miradas de la gente.

Desde temprano, en mis días, comprendí muchas cosas, la mayoría malsanas y tan desagradables que hubiera preferido no saber, ignorar, ser menos capacitada y observadora, menos analítica.

Nací sobredotada, que significa excedida del común; de ahí, el verso.

Y aunque parezca mentira, teniendo en cuenta mi naturaleza desarraigada del grupo familiero, mi primera poesía escrita a los siete años, la dediqué a mi mamá, recitándola en la escuela. Ella me preguntó quién me la había enseñado y yo me ofendí. Significó un desaliño espiritual muy intenso.

Sobre el desaliño inaugural edifiqué edificio de desprecio. - Cuando superara mi estado poético inervante, no escribiría poesía, sino prosa.

Sería prosista prosaica. Nada de ternura, abajo el amor filial y los amores que para lo único que servían era para llorar de noche cuando nadie me veía, bajo la sábana.

El despuntado verso era en realidad poema pequeñísimo e inconfesable. No sé por qué defino “inconfesable”… Tal vez sea porque significa la insignificancia de un apronte de literatura

infantil, por cierto, dedicada a una señora madre; no obstante ello, esa criatura dentro de su minúscula estructura escondía conceptos inenarrables de Lilia-progenitora…

Vamos al ya muy mentado despunte: “Las tiernas boquitas que empiezan a hablar / aprietan los labios y dicen mamá; / después cuando empiezan a deletrear / aprietan el lápiz y escriben mamá. / Con tu dulce nombre / aprendí a hablar, leer y escribir, / querida mamá”.

A fin de dominar todo el patio de recreo de la escuela, me subieron a una mesita de madera pintada de color blanco.

Llevaba el guardapolvo almidonado, un moño en el cabello y zapatos de cuero marrón con presilla, comprados en Gath y Chaves.

Hubo aplausos. Yo a mi vez aplaudí al público: chicuelas de escolaridad primaria, hasta sexto grado, las maestras y gente lugareña.

Las madres simpatizaban conversando. Oí que mi maestra había dicho que yo era la mejor de su grado y que ella conocía mi cuadernito secreto de versos.

Noté que mi mamá daba un respingo neurótico, el de siempre cuando algo la sorprendía.

Dijo en voz tonante: “Seguramente la mocosa copia del suplemento semanal las poesías que aparecen los sábados”.

La maestra me miró con cierta expresión de desencanto.

Esta situación se repitió mucho tiempo después en ocasión de una reunión de escritores jóvenes.

Invité a mi mamá a esa reunión y asistió nerviosa como si tuviera otro compromiso más importante; desde entonces no volví a invitarla.

Recuerdo que fue un 19 de noviembre fundacional de la ciudad de La Plata y en el Círculo de Periodistas estaba representada la generación del 40 y al tope. Los Ponce de León, Alberto y Horacio, - María Elena Walsh, Roberto Saraví Cisneros, Gustavo García Saraví, María Dhialma Tiberti, María Mombrú, María Granata, otras - Marías, otros bardos y hasta Horacio Rega Molina, que se excedía de nuestro tiempo juvenil; ya era maduro y consagrado.

Ocupamos la tribuna Raúl Amaral y seguidamente me tocó a mí. Atacábamos el tema de “La primavera trágica” y a sus víctimas: - Ripa Alberdi, Pedro Mario Delheye, Mendióroz, López Merino.

Yo me afinqué en el último.

Ocurrió el desastre durante el lunch.

Llamaba la atención mi naturaleza desenfadada que se soltaba a marejadas contra vientos del sudeste, dado que recién volvía de - Europa. Mis veinte años exultaban…

Expresé a viva voz tonante: “Ahora colaboro en varios diarios…”.

No pude terminar la frase; mamá salió al vuelo y cazó vilmente el fraseo por el medio con: “No sé en qué diarios, si en el único que saliste fue en *El Día*”…

Vieja de mierda, me ridiculizó delante de una pléyade hambrienta de escandalete y envidia, porque ya Borges me tenía en cuenta.

La vieja ignoraba que yo publicaba, a veces, en *La Prensa*; a veces, en *Clarín*, aunque no con asiduidad.

“Hay golpes en la vida, / son pocos, pero son”. César Vallejo.

Golpes como el del estallido de mi esqueleto que casi me dejó sin palabras, sin pasos, sin esperanzas, hundiéndome en aquella infancia esquiva per secula seculorum. Además del robo de valores ejecutado por Inés Orete. O cuando se me murió el ánima, a la edad del romance irrepetible. Así son los acontecimientos que hoy caben en dos o tres renglones.

Las pruebas más siniestras

Pienso y tengo la seguridad de que debí haber nacido en otro sitio, entre otro tipo de gente. Jamás miré en plenitud de comodidad, sino en el pánico, en la inseguridad de quien camina por el filo de una navaja interminable. Con repugnancia viví en la farsa de una compañía de cómicos.

Payaso; terrible dentro de las casas, matón de nenas chicas, glotón, vago sin redención: el dueño.

Payaso; cobarde fuera de la casa, adulón del mandamás de turno, golpeador traicionero, bravucón que atacaría por la espalda, pedigüeño a las puertas del centro: el dueño.

Delatora, mentirosa, sin meta que no fuera el acto sexual, enemiga del agua y jabón en invierno y en verano: la dueña.

Su goce máximo: llevar cuentos al dueño sobre mi conducta.

A los diecinueve años me fui de la casa de los dueños.

No entiendo por qué coseché tantos enemigos.

Mi presencia erizaba a los crueles cual al cazador la bestia en la selva, en el bosque, en el océano.

“Harina de otro costal”, me gritó la abuela.

En edad que debió ser dorada leí el cuento “El patito feo”, no me gustó.

A veces hay que saldar culpas ajenas.

Había otras nenas en la casa y la abuela, arrebujada en el rincón, susurraba a mi oído: “Son lindas. Usted es fea”.

“Harina de otro costal”, aseguraba mi madrina, doña Honoria.

Me traía regalos: pulseritas de oro que lucía delante de ella y desaparecían por arte de lucro y odio; mascotas arracimadas de oro con ojitos de brillante, desaparecían por igual motivo.

¡Qué carente fui! ¡Qué huérfana!

El miedo en la noche proyectaba fantasma ensabanado que no

permitía descubrir culpables.

Exagero: posibles culpables, dado que no atacaban, asustaban haciendo: “Oh, oh, oh, oh”.

A los quince años inventé a mi novio James.

Las chicas de tercer año de la Escuela Normal Nacional Miss - Mary O. Graham oían mi relato enamorado. Les prometía presentárselo. No pudo ser porque no era.

En estado de amor intenso, precisé inventar otro novio.

Amaneceres delicados invadían mi dormitorio, que era una habitación amplia cuyo techo de vigas, inolvidable por los manchones impresos por la humedad de más de medio siglo, exponía a la observación febril de mi edad adolescente figuradas expresiones danzantes que variaban al paso de los años y las estaciones, y así una mariposa se convertía en murciélago; un árbol, en fantasma; un simple rayón, en monjecito en oración. El panorama cambiaba y yo con él.

Mientras tanto, inventaba al novio la alegría del encuentro que mi imaginación creadora aproximaba hora por hora.

Había llegado el momento, y en el colmo de ese tipo de fantasía que macera el ánima que ya no podrá ocultar por sí, en soledad, tanta aventura, necesité de alguien a quien decírselo. Mi mamá, esa tarde, estaba de buen humor porque recibiría una visita…

Caí cual fruta madura que la rama expulsa por pulposa y pesada.

Le conté a ella el imposible motivo que me desazonaba y me escuchó silenciosa. Durante la tarde y hasta la noche, no me habló. - En realidad no se volvió sobre el tema.

Terminaron las clases y por tres meses no debía decir nada, a nadie.

Parece ser que olvidé a James.

Por el asfalto recién estrenado rodaba la bicicleta de un flaco parecido a Gary Cooper en *A la hora señalada*.

Yo había cumplido dieciséis, pero delgadísima y morochita, aparentaba doce…

Solía sentarme al borde de la vereda a jugar con piedritas al niente, “hay niente, hay niente… hay niente… hay niente… hay

uno”.

El juego consistía en tirar y barajar; había variaciones que significaban “El puente”, “El túnel”, “La bajadita”.

Jugaba con Isabel, una chica que trabajaba en mi casa, ayudando en tareas domésticas.

De pronto interrumpíamos “hay niente”, pues venía el flaco de la bicicleta y mi corazón se llenaba de estrellitas.

El flaco frenaba un poquito cerca: “Chiquita, pero preciosa”. - Multiplicación de estrellitas de un cielo derrumbado en fina llovizna de plata inundaba el predio.

Isabel y yo regocijábamos suspiros que arrebolaban como había arrebolado el suspiro de la ballena, según doña Dorita, atrayéndose hasta sus fauces a un niño que parado en la roca veía el mar, en - Mar del Plata.

¡Qué suspiros!

El mismo atrajo a mi madre que miró y no dijo ni “a”.

Una noche de kermés, a favor de la cooperadora de la escuela donde mi progenitora se desempeñaba de maestra, paseábamos juntas.

Yo divisé al flaco de mis ensueños, James, diremos, en cuerpo y ánima.

Ahora mismo me dijo: “Qué hubiera sido de haber dicho…”.

En aquel entonces, fulgurante de juventud, el ensueño hecho hombre se acercó: “Chiquita, pero preciosa”…

Ella desenroscó su lengua de sierpe: “Qué pronto se le calentó la cola”.

Abandoné el parque a la carrera.

Lloré toda la noche bajo la sábana.

Roto el vaso de Samain, no vi ya al ensueño y empecé a odiar.

“El vaso donde duerme esta verbena de un golpe de abanico se trizó. El golpe tenue lo castigó a pena. Ningún ruido lo reveló”.

El golpe mío no fue un abanico sino de ignorancia y tal vez de repulsión; ella sentía repulsión hacia mi persona.

Confieso que no nos soportábamos, presión que presionó desde mi infancia y la joven edad de ella.

Cuando murió, no fui al velatorio.

Prefiero no referirme a otros humanos en cierto modo contactados conmigo.

Contactos molestos igual que meter dedo en el enchufe, es decir, peligrosos.

Los dueños de la casa se entendían en una guerrilla desatada contra todo lo que yo hiciera. Yo creaba estados de neurosis, de contra a la pared, de contra al piso, de "mirá, pobrecita, no le da lástima"…

Cada minuto juraba cometer algo serio, grave, oscuro, que incineraría la tenebrosa comparsa.

Al caer la noche vigilaba cómo los ratones y los insectos que por chiquititos son feroces y pueden sobrevivir a cualquier embestida, estando en vigilia.

Así estaba, en vigilia.

El frío. El frío brotaba desde mí y, evaporado, dominaba la pieza dormitorio y yo no atinaba siquiera a cubrirme con el edredón de abrigo.

Ese hielo me acompañaría eternamente porque cada cual posee su propia eternidad.

La lámpara a kerosene acompasaba mis horarios haciendo murmullo de minúscula cremallera. Me encantaba su luz amarilla y cálida derramándose en el polo sur de mi habitación, valga la comparación harto rústica.

Es la única que le cabe al sitio ya pasado, nunca olvidado ni dejado de sufrir, piel adentro.

De noche entrada venían los osos de la desolación. Caminaban con plantas de peluche viéndome con ojos rojos de señal de tránsito que apagaban, titilando.

Entraban "El hombre de la arena" y el Lokis, el osohombre del cuento de Próspero Merimée, que me visita en pesadillas de invierno. Emergía entonces de la salamandra alimentada a madera de durmientes de ferrocarril, ya estaba ahí, de pie, al lado de mi cama. Me cubría con la manta hasta la cabeza. Repito esto que ejercité hasta mi adolescencia.

El pavor nocturno atormentaba, nutrido de los acontecimientos desgraciados con que convivía con ellos. Las horas interminables eran relámpagos, ráfagas filosas que lastimaban.

Heridas invisibles sangraban sin delatarse y el aire dolía cortajeado por los segunderos y los minuteros de varios relojes. Uno de ellos significaba el Duomo de San Marcos de Venecia y accionaba con un mecanismo musical de Cherubini.

Había una palmatoria de peltre en la mesita; a veces ponía una vela de lujo y leía en francés.

Cuando leía en el idioma de Rimbaud, lucía mi piyama de seda china y pintaba mis uñas.

Antes del canto del gallo, soplaba la velita.

Durante tales circunstancias olvidaba a la gente de la casa.

El hábito de lectura a lumbre de palmatoria duró bastante.

Condicionaba tarea manual porque colocaba la vela, luego la encendía entreteniéndome con los fantomas proyectados en la pared que fluctuaban y flotaban aerostáticos, diré, temerosos de explotar en guerrilla de ensoñación truculenta, agresiva, destructora de seres y cosas.

Mi ánima se fatigaba en constante alerta defensiva de la garra de alguien nunca visto, fenómeno pesado de plomo gris áspero y pecho de macho cabrío.

Un son de eructo esperaba el monstruo. Vaho malsano expelía en la sombra indecisa del amanecer, en tan reciente y confuso otoño, fondo abisal, pozo ciego.

Yo temblaba al tiempo marginal del día.

Impertérritos velajes indicaban que venía el día y el desabrigo de mis cobijas; el sol apenas tibiecito, y el desayuno.

El dueño ya no estaba y ella trajinaba rápido y, molesta, servía la comida de un solo tirón a las criaturas molestas.

Transcurría la estación con pachorra andante de alcohólico anciano y desganado. A nadie se le ocurría hacer algo lujurioso o no; atractivo o no; malhadado o no; algo que grabara sello de ser, de existencia, de estar ahí, ahora; de sobrevivir a la ingenuidad, a la indecencia, a los sentimientos altruistas, a las inclinaciones

criminales. En síntesis, todos intentaban no ser advertidos, sombras de sombras; ecos de ecos: el vacío absoluto.

La casa intentaba borrarse del paisaje cual un recuerdo pecaminoso, húmedo en su resonancia equívoca; feo y culpable de acciones que harían retroceder al decidido valentón gordo y áspero, y al hombre de piedra que mastica escombros.

¿Cómo describir tan desproporcionada acritud malévola apenas disimulada?

No podré contar sucesos así de ácidos y procaces. Los guardaré en el arcón oculto del olvido voluntario.

Vendrán, si consiguieran liberarse, catapultados a la superficie aún peor que antes de ser aprisionados en la oquedad del quicio hermético.

No los aggiornes, por favor, ¡te asesinarán!

Antes, lo repito, fui valiente y brillante, pero el fragor del esqueleto estallado animará mi luz; mis fuegos se convirtieron en fuegos fatuos de tumbas cuyas lozas trizadas por las ruedas de los carros romanos apenas si cubren huesos desparramados.

¡Qué solos están los huesos expuestos! Se han fatigado de tanto suplicar el abrigo de algún material decente que los cubra y denuncie sobre mi nombre y mi apellido.

No soporto el anonimato. Suplico que una mano piadosa aparte las piedras del derrumbe y en un hueco ponga o una flor o una palabra… algo…

Que la mano piadosa limpie del moho turgente mi tumba de reposo que al fin y al cabo es el puerto donde desembarcar después del colosal naufragio.

El humano, en su universo único aunque múltiple de sensaciones y visajes, aunque no lo diga, aspiró a ganar la carrera brillante del gran recuerdo en el misterio tremendo de la memoria del prójimo. - Vuelvo a asegurar: aunque lo niegue por orgullo, vanidad o humillación.

Creo que ayer nomás aspiré a ascender a ese balcón que veo desde la vereda arbolada.

Invertiría cualquier cantidad de monedas devenidas de viejas

piraterías con el fin de capturar y reproducir la estampa creada entonces con fidelidad.

Es difícil. No obstante ello, veré de poder lograrlo.

Observo el balcón a hora crepuscular de otoño en aledaños de un bosque denso.

Ajeno, el hueco se ha iluminado de cariñosa lumbre hogareña.

Saben los hados ¡cómo me cuesta escribir hogareña!

Me negué siempre a aceptar siquiera desde la escritura esa palabra, y menos su contenido.

Ya es hora de confesar por qué.

Balcón iluminado indica radicación de permanencia en la casa bondadosa, amable; la pareja humana, los chicos y el perro, así también el vaso con gardenias de Samain.

Debí elegir otro vaso. El de Samain está trizado y deja escurrir el agua y el perfume floral. Vaya elección la mía.

Hago de cuenta que no es el vaso de Samain, sino uno que trajo de regalo alguien…

Señora: no incurra en cursilerías, que usted está para sus funerales, y búsquese una maceta con malvones que duran aunque no los rieguen. No se haga ilusiones, señora, que ha llegado el momento de cerrar el balcón iluminado.

No obstante, insistiré y estoy parada en la misma vereda; veo la lumbre esparcida en la calle arbolada. Fue. De ahí la exactitud de su memoria.

Penetra en la habitación del segundo piso de la casa vecina al bosque y él la está esperando.

Un perro ovejero alemán gime amoríos fidelísimos.

Ella vino de un trabajo encantador con adolescentes.

QUINTA PARTE

El murciélago

La iglesia catedral domina todo el predio y sus torres son vecinas de cúpulas, terrazas y techumbres. Por las noches vuelan los murciélagos que habitan en esos sitios antiguos. Chillan cual las arpías de los banquetes griegos. Cada tanto los obreros fumigan los interiores votivos, pero ellos siempre vuelven con sus alas de paracaídas, alitas plegaditas al colgar cabeza abajo.

No es posible negarles cierta belleza en el despliegue…

Los murciélagos deben ser católicos pues durante las ceremonias sacras ni pían, y acaso recen. Existen actos secretísimos en las especies y los reinos naturales.

Una vez vi a Drácula en el Coliseo Podestá.

Iba con Dinorah, una amiga en tiempos borrascosos de la dictadura de Videla.

Mes de agosto feo.

Dinorah padecía la ausencia de su sobrino Carlitos y yo padecía la ausencia de mi juventud. En realidad, las dos habíamos madurado en el terror de la ciudad sitiada.

A poco, el Coliseo caería en opacidad de derrumbe cual casi el total de nuestros valores ciudadanos.

Vuelvo al caso del quiróptero sentado en una butaca de la última fila: un señor envuelto en una capa de tela de avión negra y lustrosa. Batía su capa española arrebolada por vientos propios; sus vientos antiguallos que insistían en levitarlo arriba hasta las pinturas del plástico Speroni, abuelo de Roberto Themis.

A tope de carrera, huimos. Afuera llovía en los páramos edificados por los gendarmes.

Llegamos al Palacio de Cristal vecino, donde Dinorah habitaba su departamento.

Cerramos la puerta y oímos el golpe contra el vidrio de la

ventana. El murciélago yacía en el alféizar del balcón.

Dije a mi amiga que viera la sombra larga proyectada en la portezuela de vitrales. Y no…

Opinó que fantaseaba, pero tembló.

Atribuyó los hechos al terror implantado por el gobierno ruin.

No volvimos sobre el asunto.

Carlitos regresó mordiendo el hueso de una pata de pollo que alguien, apiadado, le ofreció mientras volvía a su casa andando.

Lo abandonaron las bestias del duelo, después de torturarlo.

El murciélago era el vals de Strauss más precioso y rítmico. Luis, en épocas insuperables de amor y desamor, quería asistir al Colón conmigo a ver, oír y sentir la ópera. Imposible sumado a otros imposibles. ¿Qué mal cabía en eso?

Aunque traté de orillar el tema, se impone en atropellada de ganado chúcaro y no hay alambrada que lo sujete.

Escribo demasiado en tiempo de antes.

No hay barreras de contención posibles de aquellas tardes que puedan confundirlas en la niebla, en sus neblinas opresoras, en la pena, la lluvia, el más allá.

No obtuve una sola señal que fuera suya, objeto mínimo a la fotografía.

Y me he preguntado si no habrá sido pura imaginación…

No fue. Guardo un pequeño libro de sonetos nicaragüenses. Lo único valioso del minúsculo texto es su contacto y el perfume conservados tantos años.

Compró el poemario en México, en viaje con el equipo de fútbol que fundó. “Para tus manos de poeta”, me dijo.

Supe que su hijo mayor falleció.

Antes, hablé con él por teléfono y quedamos en que me invitaría a cenar.

Le pediría una foto.

Una semana ilusioné.

Vino la contrapuesta de su mujer.

A veces, confieso, soy cursi.

Cursi, puse el disco de pasta en el fonógrafo de colección, que

aún funciona.

Roló “El murciélago” de Strauss, y el viaje a Viena, y sus calles inundadas de Danubio azul.

Naufragaba de azul y de ilusionado olvido.

La noche entró al hall de la Ópera de pasos encima de las alfombras; el silencioso divagar de los espíritus.

Confundí a un ciudadano elegante que estaba parado dándome la espalda, en el silencio mullido, y se dio vuelta: “Lamento no ser - Luis”.

Humedecí dos pañuelos arrebujada en la butaca de felpa roja.

Fumaba con elegancia de una boquilla de nácar un cigarrillo; seguramente en el sur del mundo haría lo mismo…

En el sur del mundo evitaría vivir por una temporada. Vería…

No quiero regresar al punto de partida.

Luis: “Tendríamos una casita cerca del mar y ‘El murciélago’ de - Strauss”.

A pesar de la consciente levedad de cualquier proyecto que un vientecillo suave derribaría, insistíamos en crear ciudadelas de arena, instalarnos en los paisajes diseñados con carbonilla, fáciles de borrar con almohadilla de segundo grado.

Cuando leí *El proceso*, de Kafka, supe del edificio y sus circunstancias, del esfuerzo inútil por conquistar el universo ajeno.

Me dividí en dos. Una de las porciones correspondía el querer con desesperación; la otra, el deber con desesperación, y me dediqué a la última pero sin poder separarme de la primera.

De tal manera desequilibraba que me borraron del mapa con la almohadilla escolar y perdí como *El jugador*, de Dostoievski.

Los amaneceres descubrían mis ojos abiertos como platos playos; mi corazón sangrante cual achura de vaca en la carnicería.

Febriles horas del fin de adolescencia despuntando a la juventud pesarosa, lógica y matemática, porque dos más dos es cuatro. Y un hombre casado es de la sociedad organizada a la que no renunciaría por intereses creados en el medio social donde nació y al que volvería indefectiblemente luego de cada tarde a las cinco.

Pero pasan las horas encimadas a los calendarios y permitimos

la repetición de los encuentros, tal vez por consideración de una de las partes; la otra sigue en Babia y concurre cual escolar al tercer recreo, el recreo largo, así es de inocente…

En años y años se sienten cercados por ceños fruncidos que lastimarán el ceño débil de ella.

Distraído, el señor disminuirá citas a la prestada por un amigo, casita de amor.

Los años, los meses, los días corren con la velocidad de los caballos del hipódromo ganadores; ya no hay bolso ni bolsillo que contenga las monedas del amor de él, que será el último; el de ella es el primero. Él no resistirá el golpeteo del prejuicio y, además, añora la comodidad de la cama camera conyugal, la mesa puesta y la bañera con espuma.

Ella entiende que ha perdido un tiempo escolar de inicio universitario, aunque comprenda que, dada su edad, será recuperable.

Lo angustiante: nunca lo olvidará.

Fueron demasiados los encuentros y los besos; los versos repletarían un tomo grueso, tal la guía telefónica y sus encantadores.

Gimoteará en los últimos bancos de la sala enorme de - Humanidades cuando expone Arturo Marasso; en el Aula Magna reflexionará cuando exponga Coriolano Alberini.

“Cuando vea a Cristofredo Jacob le contaré mi aventura; en el - Museo de Ciencias Naturales le descubriré la filiación del aventurero”.

“¡Oh!”, exclamó. Habló luego con acento germánico porque nació en Baviera.

“Usted no debió ser tan débil y accesible, y se ha dejado deslumbrar por uno que se las sabe todas… No insista en la tontería, nena, vuelva a ser usted misma y a otro capítulo de otra historia”.

Le hice caso. Me encaramé a la colina de un orgullo desmedido que será mi ánima.

Soy cual un castillo enclavado en el mar, cuyo puente, levado,

ya no permitirá salir del interior de madera y hierro.

En la profundidad razonante, sí que elegí la actitud dura de evitar cualquier obstáculo que distrajera la consecución de un fin absolutamente intelectual.

A propósito traigo a colación a Kant, mi filósofo dilecto.

Cuentan que el autor de *Crítica de la razón pura* lucubraba difíciles silogismos porque filosofaba Sócrates y se advertía exigente de estado de ánimo precisado de amplios territorios.

De repente, atacó al pensador la neurosis causada por algo del horizonte que señaló a su mucamo.

Era un árbol que interrumpía el llano y que lo interrumpía.

Impulsado el mucamo por el mandato de su amo encolerizado, corrió al lugar con un hacha y atacó al árbol, que cayó en el pasto ralo del predio, ahora liso.

Recobró su paz el filósofo y siguió por los rieles de las tres premisas silogísticas, sin furia ni esfuerzo.

En mi horizonte liso rendí siete materias en diciembre.

Rendí Práctica de la Enseñanza en un cuarto año de la escuela - Miss Mary O. Graham, cátedra del doctor Alfredo Calcagno, quien notó mi cierta emotividad.

“Nada de eso, las niñas son adolescentes”.

Me contuve.

Me acordé de que en esa escuela dictaba Higiene, Luis. Acaso se hubiera jubilado, y de pronto lo vi en el pasillo, fumando.

Salvé graciosamente la situación y me gradué.

A los tres años de distancia de esa práctica, me nombraron en la Mary O. Graham, en Filosofía, Psicología y Didáctica.

Naturalmente, vería al profesor de Higiene, ahora compañero de profesorado, en reuniones, en la sala.

Confieso que simulé distracción, porque ahí estaba, saludando al pasar al grupo sentado.

El susodicho mordió su pulgar de mano derecha, gesto de nerviosismo, descubierto por mí hacía bastantes años…

Mostró facciones rubefaccionadas: “¿Cómo te va?”, asestó, y me ofreció un cigarrillo rubio.

“Gracias, ya no fumo”.

Salí del sitio con sigilo, en estampida, a parar un taxi que me llevara a la escuela Almafuerte, donde también cumplía tareas de cátedra; las mismas materias.

Regresé a mi departamento vecino al Bosque; lloré torrencialmente.

Los libros de mi biblioteca de derrotado olvido humedecí con lágrimas derrotadas; los de tapas duras fueron barquichuelos náufragos en oleaje amargo.

Negué reconocer cuánto lo amaba.

Duché y dormí pesadamente.

En sueños, transitaba calles desiertas angostas, contenidas entre altos paredones de piedra gris.

Iba sobre rieles afilados que lastimaban pies descalzos; igual, seguía caminando y repetidas zonas con rieles obligaban al sacrificio horrendo.

Una pesadilla me entregó desnuda y helada en la lluvia. La mujer me dio una frazada; me cubrí y seguí el camino.

Al amanecer, mi fatiga veía por la ventana ancha y generosa los árboles y las nubes viajeras.

La ventana alegraba la pared color arena, y colaba el murmullo verderol del Bosque.

En una pesadilla, lo vi.

Hoy me acostaba tarde por miedo a los sueños vacíos.

Cinta plateada de la vida.

Me proyecté hacia arriba, abajo y a los costados.

Cinta enloquecida de cinematógrafo, y a veces ignoraba si era o solo fuera imaginería fantasiosa.

SEXTA PARTE

Alucinaciones

He llegado a la conclusión, viene a mí con demasiada frecuencia, de que mi estallido óseo contra el piso de cerámica resultó de una de mis alucinaciones.

Volvía del centro de la ciudad.

Fue en abril cálido y húmedo.

Allí, sobre la mesita del comedor diario, en el periódico abierto en las páginas necrológicas, leí la noticia del fallecimiento de alguien cruel; esos sujetos que no debieran haber nacido, pero que aún pululan en las poblaciones, vituperando doquier a cuanto se le ponga a tiento, y más allá…

Había dos páginas condolientes. En mi dormitorio, me desbarranqué. Exploté. Tuvieron que juntar mis huesos trizados. Ya conté el espanto.

Hoy puedo recordar tal como sucedió.

Aluciné ese mediodía de abril.

Imaginé lo escrito en el diario.

El monstruo todavía existe, impotente, valiéndose de demonios bisexuados, con fines oscurísimos.

Sigo alucinando situaciones extremas. Temo, a veces, a las horas pálidas de duermevela porque en esos estadios divagan viejos fantasmas destructores de cuanto una ha podido realizar, esforzándose con fatiga y sin parar, a pesar del atroz cansancio que resulta de nadar contra la marea.

Las raíces del arcaico ícono agresor están podridas, y los gusanos le huellan la enorme estructura.

Las noches del ícono agresivo resultan agónicas, con dolores insoportables.

Cuando grita improperios, sé que pronuncia nombres, entre ellos, el mío…

Cae después en soponcio asqueroso, de moco y sudor.

La sala de reposo huele a jaula de oso.

De lejos, escuchan su silbido de serpiente.

Golpetea los muebles y algunos adornos de las paredes.

A su papá le arrojó un despertador por la cabeza. El hombre se lo contó a don Bruzzoli, un empresario italiano adinerado. El padre esquivó el objeto, justo a tiempo.

Transcurrían las horas en las esferas de los relojes que corrían por los calendarios cual aguas torrentosas debajo de los puentes, cuando me vino a la memoria el apellido Bruzzoli, nombre: - Giovanni de Ravena.

A propósito de la monstruosa criatura que me ocupa, pacientes lectores, diré que trató de interesar al itálico de marras, desnuda, esgrimiendo un consolador sostenido en el cinturete. Esto relató el cuitado.

Ese otoño llovió intensamente porque se aproximaba el invierno, y las nubes chocaban entre sí, oprimiéndose cual esponjas de baño muy cargadas.

Yo vivía en City Bell.

Veía los chaparrones, mimbreral vibrante… el chubasco sonoro, verso de un soneto de Leopoldo Lugones: “Que clavaba sus líquidas varillas al trasluz”.

Sonó la campanilla del teléfono, y la voz cascada del mucamo de don Giovanni, solicitando mi presencia en la casa, dado que “il signore” clamaba por mí.

Fui. Timbré. El siervo me condujo a la sala “a coucher” de - Bruzzoli, que suspirante sollozaba.

Salió el *cameriero* y me senté junto.

Dijo el encamado: “Deme la mano, por favor… estoy muriendo…”.

Di la mano y noté la suya temblorosa. Llamé al sirviente y acudió trayendo un termómetro. No tenía fiebre el aparentemente enfermo grave, y se lo comuniqué: “Mal de amores; estoy enfermo de amor, y asustado”.

Se preguntarán si manteníamos, el señor y yo, intimidad

suficiente para recibir la confesión comprometedora: era casado el dueño. “Mi señora está en Milán”.

Solo éramos conocidos. Yo vivía en Ravena, su provincia natal. - Buena distancia para desembuchar infidelidades con una escritora que lo apreciaba porque él ofrecía concursos de pingües retribuciones a los ganadores… “Y si la dueña viajó a Milán… desembuche, don Giovanni”.

“Ah”, suspiró el enamorado. “Lo peor es que yo amo a la María - Amelia, *molto… molto… molto*”.

Me ofreció té o champagne. “Primero, cuénteme… tranquilo…” y “¡Ma… sí!”.

Su perorata arrancó congelada y a medida que avanzaba por los rieles de la pasión de los setenta años que ya había cumplido, se calentaba.

Contó que lo había desalentado verla dormir, durante el viaje en el avión que recaló en Roma.

“Roncaba, amiga mía, roncaba”.

Yo sabía quién era María Amelia, y se me representó su mole elefantiásica roncando; algo estruendoso:

“No es para tanto… ¿usted se desmorona por unos ronquidos?”.

“¡Ma… no!”.

La escena descrita significó la página, mejor, el capítulo de una novela del genial zafado Marqués de Sade.

Llevó a la dama al hotel más glorioso de Roma, próximo al - Palacio Barberini, a la Fuente del Tritón, a la iglesia de los capuchinos, donde las motivaciones óseas proceden del antiguo cementerio, y a la catacumba de Santa Lucía.

Después de acicalarse, cada uno en su toilette personal, la invitó al restaurante distinguido, romano, solo para comensales adinerados, elegantes, debido a los precios astronómicos de los menús, casi en su totalidad frutos de mar y vinos dignos del labio de dioses de la paganidad, y tangueros.

“Estaba bella, *bianca*… hum… hum… hum…”.

Pero no dominaba el idioma del Alighieri, ni francés siquiera.

Pregunté si él hablaba francés y dijo “no”. Comprendí que lo

aceptarían, aunque se expresara en *dialetto*, ya que tenía plata.

No daba con el meollo de la angustia del sofocado de amor adolescente, viejo veronés, mi amigo.

Relató que al amanecer volvieron al hotel y llegó la hora de cambiarse, cada uno en su vestidor.

Él lo hizo primero y se acostó con piyama de seda china y perfume *parisien* de hombre.

De pronto, la vio.

Desnuda, blanca como la luna en cuarto creciente…

Quedó espantado de espantosa calentura, y mudo. "Non parlaba niente".

Portaba un cinturete con pene adherido, que accionaba con un resorte, y le ordenó en voz de *carabinieri*: "¡Date la *volta*!".

Él, en cierto modo casto varón, se negó a la violación indudable: "Puse pie en el piso y hui".

Le había dejado dinero para el viaje de regreso o para lo que decidiera.

Viajó a Verona y luego a La Plata. Desde entonces, sollozó lamentos de pasión fallida.

No la vio desde la separación violenta, pero hubiera dado cualquier cosa por encontrarla, porque lo trunco desafora.

Opiné si sería capaz de exponer su culo varonil a los embates del aparatito del cinturete.

No respondió. Quien calla otorga.

La bandeja de oro de Nápoles

En un museo napolitano de Sorrento hay una bandeja de oro y, encimados, en forma de pequeñas estatuillas, los *bambinos* porno.

La bandeja de oro atesora numerosos niñitos jugando juegos eróticos.

Van desnudos los querubines del pecado, también de puro oro.

Un grupo de minúsculos boxeadores se trompea; otros ejecutan actos sexuales de todas las formas imaginables.

Los imberbes no son adolescentes sino nenes que han nacido muertos.

(Hábitos importados a la península, desde zona egregia).

A colación el tema "fuente de oro de Nápoles", dado que don - Giovanni es paisano del sitio.

Lo encontré parado en una esquina de las calles 7 y 47.

Frío invernal.

Me invitó a la confitería París, y fuimos.

Lo noté devastado. Meneó su cabeza, entristecido. Nunca sabré si por salvar su culo invicto o por ceder a la bestia.

Murió arrastrando penas.

No resultó el tema de obnubilación ni emotividad alucinante.

In mente llevo impresas viles sensaciones de mi estada en el antro infernal que me aprietan el pecho, fatigándome.

Preciso dejar atrás esas negras motivaciones y sobrevivir. Quizás hay aquí y allá alguien que, poniéndose en mi lugar —¡por favor!—, lo comprenda.

La desesperación es un hecho sin parangón, en que el todo significa agresivo y peligroso, atiborrados miedos espían desde rincones inesperados y el infeliz humano, ocultándose en un rincón sombrío, insistirá en desaparecer inadvertido, desde la mañana hasta la noche; ya no da pelea a la malquerencia ambiental,

apresado en su propia naturaleza castigada.

El pasado, aunque haya sido desagradable y cruel, es consuelo por ser eso: pasado irrepetible, y lo terrorífico es el día siguiente.

¡Ah!, si uno consiguiera clavarse en un punto del ayer vivido a plena luz, con alegría… No existe algo así.

Mas es bueno recordar y cubrir con ello el hoy y el mañana…

Otra alucinación

No ubico ese tiempo asignado a Catalina Dawson en los calendarios.

Lo advierto junto a todos los acontecimientos de épocas universitarias, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, transcurridos por mí, a lo largo de mi carrera de Filosofía; aunque Catalina Dawson cursaba Derecho, nos veíamos en clases comunes a esas especialidades, y en el bar, frente al edificio.

Ella noviaba con Pedro Catella, pero no se casaron. Él lo hizo con una damita natural de Túnez. Las ideas de Pedrito eran proarábigas.

No supe qué fue del destino de Catalina.

La cuestión acaeció en circunstancia de necesitar el libro *Laocoonte*, a fin de completar bibliografía de examen del doctorado.

El texto de Lessing lo había comprado en la librería El Ateneo. Estaba agotado. Lo usé, rindiendo Estética, con el profesor Luis Juan Guerrero, y en ese momento, recuerdo que en la biblioteca estaba Catalina, que rindió después que yo.

Nos ocupábamos, años antes, de Laocoonte y sus lamentaciones dirigidas al mar cretense.

Una tarde cálida toqué timbre en la casa de los Dawson y salió la mamá de Catalina: llevaba un delantal de broderie, pespunteado de puntillas.

La señora, canosa y pequeña, irlandesa, solícita, me ofreció entrar y vi en la pared los mapas de Europa y unas fotografías de familia, donde aparecía mi compañera, junto a Pedro Catella. Nada noté cambiado en la ambientación de la sala amplia.

La oferente disculpó a su hija ausente en el momento, pero igual me devolvió el *Laocoonte*.

Salí a la rambla solariega y caminé hasta la plazoleta vecina a la iglesia San Ponciano.

Llevaría un artículo al diario *El Día*.

Me detuve a observar, siempre lo hacía, la fuente de cerámica, en el lugar que luce en relieve escenas campesinas.

En uno de los bancos estaba el profesor y poeta Carlos Ringuelet, y al segundo comenzamos una breve charla que se extendería, a causa de su motivación extraordinaria.

“Estuve en la casa de los Dawson, pero Catalina no estaba; me atendió la mamá”.

“¡Cuándo?”, preguntó Carlos, con evidente nerviosismo. Le dije: “Recién, hace media hora”.

Carlos Ringuelet era sereno cual el mar quieto. Algo inervó: “-Estuviste en el país de los muertos”.

Informó que los irlandeses habían desaparecido, que Catalina había viajado a Inglaterra y sabía por mentas que había fallecido.

Insistí, desesperada. Acababa de recibir el libro de manos de la señora Dawson. Conté lo que me había dicho.

“Vamos al barrio”, pidió.

Caminamos por la calle 47 de los tribunales y los abogados.

En el lugar donde alguna vez había estado la casona Dawson, habían edificado departamentos numerosos donde funcionaban estudios de leguleyos.

Tenía alucinación.

El *Laocoonte* no lo era.

Carlos opinó: “¿Lo habrás traído de tu biblioteca?”.

Cuando el baldío se platinó

Dudo de las alucinaciones desde poco tiempo atrás. El doctor - Orlando Castro diagnostica, haciendo valer su saber de ciencias médicas, que se trata de motivaciones de sueños; que no hay en ello nada extraordinario; que son en imaginaciones creadoras, en el caso de los escritores, y en casos clínicos, peligrosas locuras. Ejemplifica con el caso de un orate que padecía de alucinaciones auditivas y que dijo oír una voz que le ordenaba asesinar a otro humano, cometiendo un crimen por orden divina; que cada sentido posee su propia capacidad de alucinación.

El doctor Orlando Castro es un médico notable. Acepto sus lógicos conceptos acerca del tema. Pero insisto en que tanto lo de - Catalina Dawson como aquella desventurada estada en el averno que padecí (preferiría suponer alucinación, efecto de droga, etc.) fueron vividos espantablemente por mi desgraciada estructura psicosomática.

La duda sobre la naturaleza del fenómeno me incita a relatar cuando el baldío se platinó.

En la década sangrienta de los setenta, yo vivía en la quinta de - City Bell. Viajaba poco a la ciudad de La Plata, y cada vez que iba, me enteraba de las desapariciones y muertes de personas, sobre todo de adolescentes.

Ciudad sitiada, la bella fundación de Rocha significaba un panteón.

Dormía a lo largo de un balcón horizontal, desde donde dominaba el baldío bastante extenso, con algunas vacas.

A las doce de la noche me acostaba en mi camita de menos de una plaza, estirándome cuan larga soy, y Odín, mi perro, acomodaba su lomo contra mi espalda y conciliábamos el sueño campesino de ladridos, sonar de grillos, sapos y esos murmullos

extraordinarios que proceden de las plantas y de los árboles.

La quinta distaba treinta metros del Camino General Belgrano, por donde van y vienen vehículos de y para Capital Federal.

El baldío se platinó una noche de fines de primavera, cuando los chirridos, murmullos y demás ecos del campo, junto con los ladridos de los perros, encantan y desorbitan, y una se siente en un bosque mágico, escrito por Shakespeare.

Solía troncharse ese jardín de las delicias por el disparo de un arma en la alta noche. Los gendarmes hacían su agosto en Navidad, y los niños iban a una fecha nefasta del día del inocente.

Una vez oí pasos de alguien que luego de trepar la verja de hierro corría desesperado sobre el césped. Saltó la tapia del fondo. - No me moví. Odín jadeaba.

La noche en que nos quedamos duros, sin poder movernos, en que reinó silencio espantoso sin grillos ni nada, vi aquello.

De arriba cayó platino y cubrió el pasto ralo del potrero; las vaquitas parecían hechas de cerámica.

La luna expelió, no puedo explicar qué.

Eso refuciló fuegos rapidísimos, parecidos a motivaciones televisivas color azul intenso de raje inusitado.

Quise mover la mano y no pude.

Odín tampoco daba señales de estar vivo, pero respiraba.

Creí que agonizábamos, sumergidos en un paisaje agónico.

El baldío tomó su natural aspecto desgarbado porque de pronto el platino que cayó del cielo se diluyó.

Regresamos del extraño continente que aprisionó cualquier murmullo o movimiento.

Espesa pesadumbre me invadió y entré en duermevela.

La doña que servía en la casa entró protestando porque los cables de alta tensión caídos en la vereda causarían la muerte de los nenes de al lado.

El vecino gritaba enojadísimo porque a la noche le habían vaciado la pileta… No sabía quiénes, de manera que culpaba a todo el vecindario.

El vecindario clamaba por cables caídos en los canteros y

veredas; también el tema pileta vacía los desaforaba.

Nadie hizo referencia al baldío hermoseado por la invasión platinada, como si encima del yuyal se hubiese posado la fina y reluciente película de luz nívea.

No volví a comentar el asunto. Muchos años después publiqué en un diario porteño lo acaecido.

Meses más tarde, una voz masculina en mi teléfono dijo que había visto aquello, que no lo había comentado, temeroso de ser tenido por fabulador, con fines propagandísticos. El señor no quiso identificarse.

Creo no haber alucinado.

Creo que no fue percepción extrasensorial.

Simplemente, aunque no deje de ser preocupante, sucedió, desbordó de lo regional terrícola.

SÉPTIMA PARTE

La mala pécora

Había diagramado sobre los rieles. La senda bifurcada conducía, aunque por distintos rieles, a un solo final: el crucero alrededor del mundo.

Para tal aventura que comprometía hasta mi propia vida (en sobre lacrado disponía que si fallecía a bordo del crucero arrojaran mi cuerpo al mar) ahorré durante diez años varios sueldos; junté 300.000 pesos y dejé constancia de que en mi escritorio había 50.000, más o menos…

No obstante las sumas anotadas, continuamente me privaba de lujos y salidas costosas. Ahorraba.

Inés Orete sabía de mis esfuerzos para lograr el maravilloso pasaje por rieles inaugurados, según la historia, por Sebastián - Gaboto, la conquista terminal de mi azarosa vida itinerante.

También el marido de esta mala pécora, Tomás Orete, conocía dónde guardaba mi tesoro.

La maquiavélica pareja habrá comentado sobre fortunita y escondites con el hijo, Inodoro Marcos Orete, que precisaba plata para adquirir un ídem para el baño de su casa en construcción.

Sobre rieles menores puse viajecitos: viajaría a París; antes me pondría en comunicación con mis amigos Saint-Germain, que fueron compañeros de estudio y tienen un piso muy amplio en el bulevar Vendôme, con comodidades disponibles para amigos, trato familiar, sin cargo.

A los Saint-Germain los nombro en mi novela *Nosotros, los - Caserta*, edición Mondadori. Supe que el marido de Susanna, de - Reims, falleció, y que Jules está en India, en la Embajada.

Con mi estada en Vendome cumpliría la prometida visita y luego de cuatro meses, desde Génova, emprendería mi andanza marinera sobre el gran riel.

Todo se convirtió en vana ilusión iniciada del estallido de mi esqueleto y del enloquecimiento del organismo gastrointestinal.

Repito, dado que antes relaté la maquinación siniestra de los -Orete.

Dos intervenciones quirúrgicas se sabían con suma dificultad. -Salvé.

Los Orete temieron mi sobrevida; al comprobarme viviente resolvieron envenenarme con la pastilla surgida y ofrecida de la niebla por Inés Orete: “Tomala, te vas a mejorar”. Luctuoso y abortado intento criminal.

La mala pécora ha desaparecido.

Aprecié su vivienda desde la vereda de enfrente y advertí una decadencia espantosa que salía del balconcito vencido, váyase a saber por qué tenue y viscosa semipenumbra.

Desprecié cuanto cobijara ese antro puerco, el chiquero de varias ánimas sucias cual sábanas de hospitales descuidados.

A punto de aproximarme cruzando la calle, me dije: “No”.

Sentí apretón de cazagañote, de trampera, y hui por la diagonal avecinada.

Leyendo *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*

No hay angustia por luctuosa que sea que no consuele.

El gran Borges dijo que el universo está contenido en una biblioteca y tiene razón; allí descansan aguardando ser despertadas las esperanzas y las ilusiones. El libro nos enseña nuestro pasado y augura el porvenir.

Ojalá que los mecanicismos actuales y los que devendrán de inventores fríos cual mecanos humanizados no lo arrojen a los basureros de reciclaje.

Que los altos hados guarden al libro que significa el territorio donde el verdadero escritor derrama el mensaje que le viene no sabe de dónde. Significaría derrotar a la mentalidad heredada del misterio nutrido por el conocimiento aprendido y aprehendido; la palabra.

Tal deshumanización conduciría a la renuncia del esfuerzo individual y en el sitio dejando ubicar ideas prefabricadas por intenciones globalizadoras conducentes a un único contacto. - Cualquier uniforme es feo y peligroso; cualquier imposición, agresiva. La libertad es libre; vaya qué perogrullada.

Pero es así.

A propósito del libro, elijo desde bastante tiempo atrás *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, y advierto que alguien se hubo torturado por mis mismos problemas y siguió rieles autumnales hasta conseguir ilustre fama. Me refiero al escritor Rainer Maria - Rilke.

Las divagaciones del poeta recalan en esa novela extraña de belleza cruel, delicada puntada en el pecho con una aguja de oro, que es el metal más blando.

Igualmente, llegaría a ser mortal.

Despunta la original narrativa cuando el joven Malte recorre una

calle donde ve con tristeza que lo agobian muchos hospitales y asilos. Proyecta en el entorno su angustiado mundo interior, que suma su sentir apocado, tímido al entorno que resulta desolado.

Cuenta que un hombre se tambalea y cae; en realidad todo es allí tambaleante y caduco.

Desentendiéndose del asunto, observa a una mujer embarazada que se apoya en un muro “alto y cálido”. La mujer también tambalea.

Lee un cartel: “Maison d’accouchement”. Y otro: “Val de grace, - Hopital militair”.

Está fatigado; tiembla como casi la generalidad de los caminantes, y lee el precio de la habitación de un refugio: “Asile de nuit”; dice para sí mismo que “no es muy caro”. Igual, prosigue arriando fatiga y se detiene ante un carrito de bebé. El pequeño brotado de rosácea ha enfermado, pero irá mejorando porque se ve tranquilo…

El joven Malte huele en el aire del lugar que han freído papas; huele yodoformo: “El niño dormía con la boca abierta y respiraba yodoformo”.

Sacamos en conclusión que Malte es el niño, y se ha ambientado en un caserón suburbano; su alma.

Sin aclarar, narra que por la ventana abierta oye rodar los tranvías con estrépito.

Desde su retiro oye todos los ruidos ciudadanos y concluye: “El más terrible es el silencio”.

Malte jamás crecerá desde su fatal infancia.

Llega una adolescencia delicada y casi autista, quieta, melancólica, hondamente enfermiza, y reconoce obligaciones ineludiblemente sociales a la hora de cenar, después de extensas cavilaciones monologando interiormente consigo mismo, en la gran silla comedor del palacio de su abuelo, el chambelán Brigge.

Estas reuniones de enorme solemnidad unían a personas disímiles, cada una transportando inequívocas esencias que las diferenciaba, y su muerte consigo.

La muerte significaba algo íntimo como en el fruto la semilla.

Cuando el chambelán falleció, los objetos de las habitaciones entrechocaban y se añicaban; los caireles de las arañas se quebraban. Tal barahúnda, que hubiese desaforado al señor, obligaba a los servidores a esconder bajo los cortinados y las alfombras aquellos objetos desquiciados.

Contagiado ese entorno de la idea de que cada cosa posee su muerte, admitían que el desorden espantoso se debía a la Muerte, con mayúscula, por ser la suma del todo.

Aquella sombría potestad enseñoreábase por sitios y rincones, y los perros absortos espiaban por las ventanas, "posando sus finas patas sobre el antepecho blanco y dorado de una ventana, con la frente retraída, el hocico afilado y al acecho, miraban a uno y otro lado del patio".

Los objetos, a fin de cumplir con su pequeña muerte, ya no se aferraban y añicados irían a parar arrojados detrás de las rejas doradas del guardafuego de la chimenea; alguno caía sobre el parquet con "un diáfano sonido".

La muerte aullaba y los perros imitaban los aterradores aullidos.

El palacio Ulsgoard tremulaba su defunción ambiciosa de otras defunciones. En tan dura muerte murió el chambelán Brigge.

La maravilla de una muerte regia siempre me hubo despabilado, desvelándome. Regia: indolora, serena, inesperada y sufrida solo por las cosas frágiles, tal la cristalería de una vitrina donde desvelen objetos guardados de estilo gótico en cristal de roca, en vidrio de botella soplada en la isla de Murano.

La maravilla del campo en flor es otra coincidencia rilkeana que me embarga; huir sobre los verdecidos senderos rurales, por un momento, de los miedos que atacan cual las enfermedades en la infancia durante el crecimiento.

Miedos febriles no solo nocturnos, sino permanentes.

Miedo al ser en que vamos decayendo y que significa una desintegración imposible de detener: la sangre de la arteria rota, de la vena abierta. Y se observa a las criaturas jovencitas ya no con envidia; se las observa piadosamente porque a todos nos ocurrirá lo mismo y ellas aún ilusionan. ¡Ah, si volviera a ser una criatura

jovenzuela! Para qué, si igual…

Mas la rueda sigue dando vuelta y la serpiente se morderá la cola, hasta el fin.

Miedo al miedo

El miedo a las poesías que se esconden en épocas tan distantes que parecen inventadas por una imaginación creadora, exagerada; al lamento de los trenes encimados en rieles desesperados de “partir es morir un poco / es dejar lo que se ama / uno deja algo de sí mismo / en cada hora y en todo lugar”, un verso de Verlaine.

Los miedos de haber escrito abrupteces sórdidas para dejar constancia de situaciones molestas y agraviantes como el robo de los Orete, por ejemplo.

O de insistir en problemas acerca del inevitable fin de la vida.

O de demostrar decadencias que son evidentes de cualquier modo. Crueles situaciones existenciales que se debieran sufrir silenciosamente, o solucionar con violencia y ya.

El miedo a lo que está ahí nomás, pero no a nuestro alcance, y que de repente se aggiorna y nos habla de algo que sucedió ayer o de algo que aún no…; tal vez el ácido terror de una visita a la mansión de la familia Dawson, en circunstancias de buscar el libro - *Laocoonte*, de Lessing.

De la mirada incrédula del referente, dado que la visita aconteció y acá está el libro que salió, si insisten, de la neblina de un día de locura.

Pavura de ser genial, capaz de inventar el infierno y gritar “no estoy muerta”.

OCTAVA PARTE

Enamoramientos de Malte Laurids Brigge

Tendré que recurrir a los amores de Malte a fin de contar los míos. - Me cuesta un milenio de pesadumbre y agobio… Igual, lo haré después.

La joven asistía a la misma reunión de sociedad danesa a la que invitaron a Malte. El salón nutrido de personalidades. De pronto, solicitó a la joven que cantara, y ella, en principio, dijo "no". Y se apoyó en la ventana que se abría a un jardín.

Malte advirtió que ella lo enternecía por su parecido con - Benedicte de Qualem, y que ella le correspondía.

Benedicte jugó un papel sentimental en la vida de Baggesen.

A medida que fijaba la atención en la muchedumbre, imaginaba "la tranquilidad oscurecida de sus ojos que auguraban la clara oscuridad de su voz".

La escena transcurre en tono de "Claridad de Copenhague".

Malte deseó acariciar el trenzado del cabello y el escote de su vestido.

La bella criatura cambió de opinión y cantó lánguida romanza italiana que aplaudieron.

Él experimentó sensación celosa, novedad que lo intranquilizó; hubiera querido que ella cantara solo para él…

Pedía a la Fortuna algo para sí mismo; "nunca tuvo algo así, y hasta su origen era incierto".

La cantora, interrumpiendo la sesión, vino hacia Malte diciéndole al oído que cantaría en danés, y él se llenó de amor primero, que es el más peligroso.

Ella, para cantar, se fue entre la multitud de invitados; la timidez del novato en el arte de amar le impidió seguirla.

Malte recordó cuando ella musicó alguna frase a su tía Abelone, que vocalizaba tonos graves.

El descubrimiento de la primicia que alerta el corazón a nuevas emociones recaló en una “pieza sin ruptura”, una balada alemana.

De niño, el poeta experimentó un indefinible sentir al ver a -Abelone. Se preguntaba preocupado por la ya otoñecida dama, por qué no dedicaba las “calorías de su generoso corazón a Cristo”.

No divagaré a fin de evadir el compromiso de contar mi amor primero, que floreció en un interior melancólico de luz de luna.

Era apenas una adolescente, catorce o quince años, cuando rozó mis manos con ademán imprevisto, aquel señor mayor.

Mi precocidad inocente adivinó el futuro cruel, por no decir horrendo. Yo representaba a alguien larguirucho y tonto, mirando el entorno con ojazos extraños. Y me ericé.

La luz pálida proyectada desde la sala de actos de la escuela -Mary O. Graham descubriría al grupo prieto de casi niños, enfrentando al profesor de Higiene. Este señor mayor, médico y político, atesoraba la adivinación romantizada del grupito, sin malicia; todo encanto de *Juvenilia*, de Cané.

En varias ocasiones, escuché a mis compañeras referirse al profesor, ardorosamente.

A nuestra edad, es fácil; lo difícil es fácil.

Más tarde vendrían los problemas.

Hoy, con fría y despectiva necedad, es posible relatar antiguos incendios devastadores, sin inmutarse; antes fue el fin de la esperanza y de la credulidad. No obstante esa ira antañosa, estamos anclados ahí, irremediablemente. Ya no hay nada que hacer, porque todos se han muerto.

¿Acaso se pudo hacer algo?

Ahora, en este desierto, podríamos edificar un reino, pero ¿entonces?…

El aparentemente descuidado roce produjo erizamiento generado por una mano áspera de jardinero. Él vivía en City Bell y cuidaba el jardín de la quinta. Allí habitaba con su esposa y dos hijos. Supe esto un día aciago.

Ayer, en abrazo intenso, me hubiera sepultado junto a él, yo que odio los sepulcros.

Volvimos a encontrarnos cuando cumplí diecinueve años; delgada y juncal; universitaria, ya publicaba mis escritos.

Nunca olvidé el roce de manos del jardinero. No me he movido un tramo de aquella vez del encuentro, junto al grupo estudiantil de *Juvenilia*, tal como Rilke en la ventana en que se apoyaba la cantante danesa.

Cuando un ánima delicada se rasguña apenas, sufre la infección tan peligrosa de una malaria de peste negra, cuyos espantosos efluvios contagiarán al prójimo. Entonces, el universo, que es inconmensurable, lo hará a un lado, así como el oleaje bravío puede arrastrar la embarcación perdida, la arrumba lejos de la rivera, y no habrá salvación. Se vaciará el pecho desvicerado y los renovados golpetazos producirán ruidos de lata vacíos.

Enamorarse del amor verdadero, del destinado, váyase a saber por qué prodigio es convertirse en caja de lata barata contra cuya superficie miserable y pobretona habrán de coincidir hasta los golpes más despistados.

Y el enamorado intentará otros rumbos y requiebros sentimentales, causándose daño a sí mismo y al otro que, por inocencia, le creyó…

Diecinueve años sumaron hasta veinticuatro; sumaron andanzas divinas que clavaron sus agujas de plata en la carne desprovista del alivio que procuraría cualquier aliciente, anestesia, por ejemplo, aplicado a la lastimadura tan profunda.

Habría que recurrir a los tranquilizantes que suelen ser de acostumbramiento: uno para despertar, dos para vivir el día, tres para dormir. Y cuando nos olvidamos de ir a la farmacia, el mundo se derrumba…

Malo es enfermar de amor primero: tenebroso. Incurable. - Sabiendo que no es imposible, correspondería, ante su inminente posibilidad, improbable, huir a toda velocidad.

Bueno es amar por hábito de sociedad y familia; tranquilo como agua de pozo.

Después de mi catástrofe personal, intenté lo que acabo de anotar, y me acibaré de repulsión. Hay vacíos triunfadores.

Si intentáramos llenarlos, fracasaríamos. Y no solo nosotros, sino también la imprudencia de aquellos que nos creyeron.

El enamoramiento de amor primero deberá crucificarse y clavarse en su cruz, en el desierto.

El doliente podrá llorar de vez en cuando, si le quedan lágrimas.

El estado del ya mentado amor primero significa el punto donde convergen todos los puntos. O sea, el universo de Jorge Luis Borges, contenido en "El laberinto", donde mora el Aleph.

Una tarde, principio de otoño (yo vivía en Buenos Aires), de malhadada época, me encontré con el Homero criollo, Borges, en un café del Bajo, próximo a la Recova. Pura casualidad: había muerto - Estela Canto.

El poeta trasuntaba algo de escolaridad angustiante, de pena adolescente.

Este escritor siempre me pareció una criatura no despabilada a la crueldad mundana, que es intangible.

Personajes de sus cuentos darían imágenes borrosas de Carlos - Argentino Daneri, tosco y servil, y de Beatriz Viterbo, que implantaba en la escena a Beatrice Portinari, del Alighieri. Ambas - Beatrices nadaban en nebulosa como en un lago flotante. Había muerto Estela Canto. Ya lo dije.

Un vacilante fino peplo cubría y descubría paisajes de amaneceres de Londres, antigua niebla. Jorge Luis Borges los admiraba. No sé si tendría sangre de Albión. Frío de despegue nos aislaba del entorno porteño. Borges era un ser cristalizado en el corazón de un muro congelado.

De mientras, yo retrocedía en mis temporadas, cual un esquimal esquiando. Recuperaba las motivaciones difusas: argos, fantasmas, ensabanados de seda china, que los vientos arreciaban; sures imposibles de capturarse en mapas y portulanos.

Adolecíamos de quereres aggiornados de hondos muertos. - Abismos de orilla resbalosa que impedían hacer pie.

Meditó el poeta: "Estela… Beatriz… Beatrice".

Yo: "Él se llamaba como usted".

Opinó algo, aludiendo a la coincidencia, y preguntó: "Fundó un

club de fútbol… ¿no?”.

Lo afirmé: “Fue en La Plata, donde vivía Pancho López Merino”.

Dijo Borges: “¡Ah! Sí, sí…”.

NOVENA PARTE

La flecha de oro

A pesar del fracaso, el primer amor fue la flecha de oro insertada en el pecho; fue el abanico de Samain que hizo el vaso donde fatalmente agonizaría la gardenia, el fundamental paso en falso.

Ya no sucedería nada igual.

Asomarse a la intensidad de la vida y desde su mirador advertir que se derrumban los castillos edificados por una misma, aún sin conocer arte arquitectónico, es la mismísima muerte…

¡Qué fatalidad desgraciada, qué bolsa tan pesada repleta de nada cargamos de ahí en adelante…!

No obstante, jamás la descargaríamos y con los muchos años que son siglos de dolor. Hasta olvidaremos cuál es su contenido, y allá vamos cual linyeras del mal augurio.

La tristeza nos ha marcado líneas decadentes en las comisuras de la boca y la voz se ha entenebrecido en las sombras de ese gran difunto que es el primer amor.

Con qué displicencia aceptaremos triunfos y derrotas, porque somos los generales sobrevivientes de la guerra que supera la más cruenta batalla…

Nada podría asustarnos, alegrarnos, lastimarnos, glorificarnos.

Porque a un muerto solo le resta la desintegración indigna, fea…

Por eso

Por eso, joven, alejate de tan aparente dicha.

Solo es vil remedo de la sonaja baratijada de aquello que nadie alcanza, cuyo nombre es felicidad.

Analizándolo, significa cursilería de bijouterie falluta, groseramente expuesta en la vidriera de un almacén vetusto.

Alejate.

Joven, lo escribo por tu bien.

Buscate alguien a tu medida, y de manera que no despierte angurrias ajenas.

Debés casarte por iglesia del credo familiar.

El que cargue sueños nunca despertará y su entorno lo engañará.

No tropieces con el amor primero. Si lo ves, hacele una zancadilla.

Es preferible dudar que haber perdido la posibilidad de aventura de tocar la flecha de oro, su herida infecta.

No sufras. No vale la pena.

Enarbolá una bandera de “no”, y seguí gallardamente tu camino.

Si la flecha insistiera, alzá un batracio de gran porte, y ponételo adelante.

La flecha herirá al batracio.

Dejalo herido de amor primero y lo escucharás croar a la luna lunera de García Lorca, y a la estrella matutina.

Que se joda el sapo.

Vos, seguí invicto.

Comprobarás que de seguir el consejo de alguien que huye de la quemadura con leche hirviendo y que si ve una vaca llora, te salvarás.

Conquistarás laureles si sos artista o científico o tendrás hijos por siglos de los siglos de futuros matrimonios formales de tu

progenie.

No aflojes cuando canten las sirenas de Odiseo.

Aconsejo a jóvenes de ambos géneros y clases sociales.

Generalmente, se romantizan con más frecuencia los poetas y los plásticos.

En guardia, bardos imberbes, porque la bestia dorada ronda.

Uno (o una) podrá atarse al palo mayor del barco de la flota antigua: ver y oír.

Nunca pronunciar frases comprometedoras… Tal vez, antes de atarse, ponerse cera en los oídos y vendarse los ojos.

Cualquier sacrificio o molestia son preferibles a esta lastimadura del ánima.

Hacia adentro

Diciéndome para mi interior caduco que aquellos días fueron patéticamente bellos no quiero regresarlos.

No quiero sino trazar rieles de metal quirúrgico, de acero, y viajar por ellos en un tren sin destino, y al albur…

Creo que zafé de mi primera muerte, no así de mi primer amor.

Sus restos yacen rígidos en un sarcófago del campo final platense.

Ahí, en ese campo de torrecillas empinadas a un cielo húmedo de lágrimas de viuda, donde no aceptarían ni una gotita brotada de mis órbitas, él descansará un soñar muy distante, un ayer suavísimo de juguetería, de orilla de mar y casita marinera, de pasaje en barco a Viena, de Schubert y el murciélago.

Cuánto anda Julio Verne, sin dar un paso…

No volveré

Por haber regresado del averno, ahí ya no volveré.

No es lugar para dos temporadas.

¿En qué círculo designado por su sino vagará rondando él, su segura eternidad?

Basta de atropellos a la razón pura kantiana.

Ya no más atrevimientos.

Veamos a lo lejos las ciudades de la gente sencilla, como cajitas de plástico sin doble fondo, pero con cerraduras inviolables.

Hay que mirarlas sin aproximarse, o sus habitantes acudirán a la gendarmería brutal.

Desde cierta distancia, sí.

Apreciaremos luces que alumbran tras los postigos y las celosías.

No traces más rieles

No te acerques, joven, porque apagaron esas luces, temerosos de lo que intentes, aunque solo intentes mirar y nada más.

Verás al dueño en pantuflas, leyendo un libro.

A la dueña solícita, en sus quehaceres de antes de ir a dormir.

Tal vez haya un perro lanudo.

Si tu paciencia te acompaña, observarás el leve movimiento de la pareja antañosa, sentada a la mesa; el libro en la mesita de al lado; el perro de lana, aún echado, que mueve la cola, feliz de que todo sea igual, repetido a través de los días, los meses y los años.

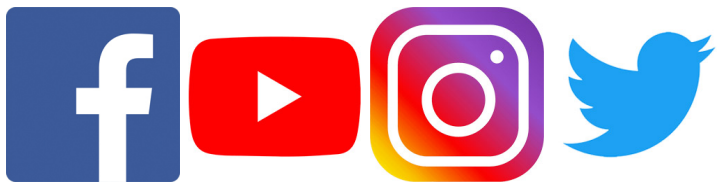
Te darás cuenta de cuán distante de tal pintura escénica te hallas, y regresarás a tu particular exilio, seguro de que ellos también son prisioneros de sus hábitos y tradiciones.

No traces más rieles.

El trayecto se ha cumplido.

Pensarás, la próxima vez, si tomas el mismo tren.

Pensarás.

Grupo Planeta

¡Seguinos!